

La Ilustración Artística



Año XIV

← BARCELONA 29 DE ABRIL DE 1895 →

Núm. 696



Fridthjof huyendo de su patria, después de haber incendiado el templo de Balder,
notable escultura de E. Hubner

SUMARIO

Texto. - *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. - *Semblanza. Eduardo Rosales*, por A. Danvila Jaldero y R. Balsa de la Vega. - *Francisco Coppé*, por X. - *Tercer centenario de la muerte de Torcuato Tasso*, por M. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - *La Cabellera de Magdalena* (conclusión). SECCIÓN CIENTÍFICA: *Ferrocarril aéreo de Meigs*. - Libros. **Grabados.** - *Fridthjof huyendo de su patria*, escultura de E. Hubner. - *E. Rosales* y su cuadro *La muerte de Lucrecia*. - *Cigarreras sevillanas*, dibujo de J. García Ramos. - *Copia del busto del poeta Tasso*. - *Francisco Coppé en su quinta*. - *En los Apeninos*, dibujo de M. Barbasán. - *Coloquio interrumpido*, cuadro de E. de Blaas. - *El actor español Ricardo Calvo*. - *El pintor francés Chenavard*. - Figs. 1, 2 y 3. *Ferrocarril aéreo de Meigs*. - *Fiestas celebradas en Friedrichsruhe*.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Resumen. - Fiestas de Pascua en Europa. - El cordero pascual. - El huevo de Pascua. - La mona de Valencia. - Sábado Santo. - Ceremonias del Sábado Santo. - Culto a la luz. - Esperanzas en la resurrección universal. - El Domingo de Pascua en mi pueblo. - El doctor Fausto y la Pascua. - Himno de la Naturaleza. - Conclusión.

No conozco fiesta que celebren las iglesias cristianas con tanto regocijo a una como la fiesta de Pascua. Deja en esto muy atrás a Navidad. Colocada en la primavera, el aire se llena de mariposas, el alma de aleluyas. Colocada en el plenilunio, hasta sus noches aparecen luminosísimas y regocijadas. Diríase que las golondrinas aguardan para volver, y los nidos para revivir, y las rosas para estallar el repique primero de gloria. Pondrán más tarde ó más pronto que nosotros en sus calendarios y en sus liturgias la fiesta de Pascua los diversos pueblos cristianos; pero todos la celebran a una con igual regocijo. En Oriente llega éste a colectiva embriaguez. Los armenios y los albaneses católicos atruenan el aire disparando desde sus rifles hasta sus pistolas, en cuanto los templos anuncian la Resurrección del Señor. Aquellos que man su pólvora dentro de las iglesias mismas. Entre los rusos no retumba menos que entre sus vecinos de Oriente y Occidente la pascual alegría. Así que anuncia el pope dentro de su misteriosísimo santuario, tan apartado del pueblo, en voz alta y jubilosa que Cristo ha resucitado, se besan los fieles unos a otros en los labios sin distinción de sexos. Muchos jóvenes de París, concedores del rito ruso, van los Sábados Santos a la iglesia moscovita sin escrúpulo de ningún género, y colocándose con buen acuerdo cerca de las mayores beldades, celebran alegremente con el regalo de sabrosísimos besos el más sublime y alegre día del rito cristiano universal.

La fiesta de Pascua significa fiesta del paso, y recuerda la salida ó éxodo del pueblo de Israel desde su cautiverio en Egipto hacia la tierra esperada ó prometida, siendo por tanto una fiesta de libertad humana y redención progresiva. El israelita para mejor celebrarla, como le trae la noche de su emancipación en recuerdo, toma el báculo so la mano, cíñese a los riñones el cíngulo, cálzase de sandalias los pies después de haberlos con esmero lavado, apercebe y prepara el pan ázimo en significación de que no tiene para su amasijo levadura, ni para esperar que fermente tiempo, en su precipitación por salir de la cautividad, pues los faraónicos tiranos le pisan los talones; tuesta el cordero pascual dentro de su hogar, después de haberlo degollado con arreglo a liturgia y ungido con su sangre los quicios y las hojas de sus puertas, repitiendo en coro con su familia los salmos equivalentes a las odas dichas y a los himnos cantados por los pueblos clásicos y por los pueblos modernos después de sus revoluciones en loor de las libertades tan amadas por todos, ó en evocación de los combates mantenidos con los déspotas y las legiones de los déspotas para obtener sus preciadísimos derechos. Fiesta de Pascua, fiesta, pues, de libertad.

Así la costumbre, muy arraigada y extendida, que hasta en los pueblos católicos perdura, del almuerzo pascual con cordero asado. Y junto a esta costumbre hay también la costumbre de comer los huevos cocidos, poniéndolos en pastas ricas y pintándolos de vivos colores y relucientes dorados, con tal regularidad que se llaman todos los años en todas partes huevos de pascua. Nada más natural. ¿Qué recuerda la Pascua? Pues recuerda entre nosotros la resurrección. Y no hay manera de resurrección como el calentamiento de los nidos en primavera por las dos alas y las ardientes pechugas y los calurosos plumajes de las aves a la postura de los huevos, que bajo su cáscara contienen vuelos, gorjeos, amores, los cuales pronto han de surcar el horizonte, y en los resplandores del éter bañarse como la oración en los resplandores del santuario y llenar con escalas cromáticas y notas de píos dulcísimos el silencio de las alturas

hinchadas con el incienso de los aromas primaverales y con el himno de la juventud y de la esperanza.

Yo relaciono las antiguas cosmologías que derivaban el universo de un huevo puesto por la eternidad en el espacio, con la costumbre pascual de ofrecer estos productos del corral nuestro bien condimentados a la familia, y en la familia muy particularmente a los niños. El día de Pascua íbamos, allá por nuestra infancia, todos los años a comernos la mona, pues así llamábamos un pan empapadísimo en aceite, con azúcar endulzado, sobre cuya superficie campeaban varios huevos cubiertos por cruces parecidas a morenos macarrones, con todo lo cual nos regalábamos en términos de sabernos ello a gloria como nunca nos supieron las mejores golosinas, y con ello regalarnos cual nunca nos regaláramos en los grandes empingorotados banquetes. Acompañaban a la mona un papelito con sal, un trozo de longaniza, unas habas crudas, una gorda naranja. Y nos lo comíamos todo en el campo, sobre las colinas perfumadas de tomillo y romero y alhucema, junto al arroyo hinchado por los deshielos de abril, entre las canciones de los nidos y el revuelo de las golondrinas, a la vera de los almendros que ya mostraban sus frutas verdes y de los granados que ya mostraban sus flores carmeses, oyendo entre verjeles y apriscos a lo lejos el ruido de las poblaciones en fiesta y el campaneó resonante de las torres celebrando con sus lenguas de bronce la bendita Pascua.

¿Habéis conocido ningún poema que pueda ponerse, por lado alguno, en parangón próximo con la misa del Sábado Santo? Al comenzar están las luces apagadas aún como el Viernes. Aún está el altar mayor cubierto por el velo de las tristezas. El ara parece tumba fría y cerrada. Los celebrantes con sus blanquísimas albas y sus casullas negras semejan muertos encerrados en largos sudarios y ocultos tras cosidas mortajas. Los primeros cantos entonados por los sacerdotes evocan la noche, aquella noche de castigos y exterminios en que los israelitas emprendieron su éxodo de Egipto, y aquellas otras noches de tinieblas y de soledad en que ocupó su sepulcro, yerto bajo las piedras y en la tierra, quien desplegara con su mano el cielo y encendiera con su aliento los astros. Después de invocar la noche con sus calgines, el diácono evoca la luz, sí, aquella luz por la cual anhelan todas las criaturas, y que llaman los gallos desde las bardas del corral con agudos quiquiriques y las alondras desde los surcos del sembrado con regocijados arpegios. Así, justamente bendito el cirio, castrado de sus mieles, compuesto de blanca cera que han producido las zumbantes y áureas abejas con su inspirada instintiva industria, concluido por la llama, cuyos destellos parecen una centella resplandeciente y vibrante del alma universal. Por esto, en cuanto el cirio se aviva y al par lucen de nuevo las velas, arden las lámparas, humea el incensario, creéis oír bajo las bóvedas aquella palabra creadora que dijo: «habrá luz.» Y aquella otra, que le corresponde allá en el Génesis: «hubo luz.»

Ya, tras todo esto, la misa del Sábado Santo no trata sino de la creación pasada y de la resurrección futura. Los capítulos del santo libro describiendo los primeros días del planeta parecen como el crepúsculo de los metamorfoseos divinos que van a celebrarse con tanto júbilo. Y tras estos capítulos oyes la vidente profecía del inspirado Ezequiel. Un espacio yermo se dilata por todas partes a vuestra vista. En aquel espacio, parecido a un campo de batalla desierto, hasta de los buitres abandonado por no tener cosa ninguna en él que tragarse, descúbranse montones y montones de mondados huesos. Divisáis el espacio vacío de vida, con menos calor y menos movimiento que las sepulturas, ofreciéndos implacable asfíxia en su carencia de aire, con un horizonte parecido a la bayeta de un túmulo funeral, con el abismo de la nada por todas partes allí abierto, cuando de súbito un soplo pasa y los huesos inertes se mueven, y las fibras secas se hilan en filamentos de carne, y el calor vital enciende las llamas de los ojos con la sangre del corazón y con los respiros del pecho hasta que los cuerpos se levantan y las almas los compenetran, dispuestos en aquel despertamiento del sueño a escalar, si es preciso, la cumbre de los cielos en sus aspiraciones infinitas hacia el Ideal y hacia el Empíreo.

Leído el capítulo y profecía de Ezequiel, llega la hora de consagrar esta resurrección universal con la prometida resurrección de nuestro Redentor. Así, después de haber bendecido el cirio, se bendice antes de misa el agua que debe servir de bautismo todo el año, entre piadosas letanías. Y mientras se di-

cen éstas los celebrantes cambian sus casullas moradas ó negras por casullas blancas relucientes de oro. Como recuerdo el regalo de mi paladar con la mona de Pascua en los campos, recuerdo el éxtasis de mi alma por los minutos anteriores al cántico de Gloria el Sábado Santo en la Iglesia. No hay en esta misa *introito*, á causa del largo ceremonial y cánticos y rezos que la preceden. Por ello, en cuanto empezaba el *Kyrie* nuestros corazones y nuestras sienas de niños latían fuertemente y nos faltaba, del anhelo con que aguardábamos la resurrección, aire y respiro. Y lo merecía, pues todo creyente recibe una sacudida en emociones increíbles cuando al cántico de Gloria se rasga el velo y aparece lleno de luces y de flores el retablo mayor; se interrumpe con alegres notas del órgano y con resonantes vuelos de los campanarios el anterior silencio; se cantan las aleluyas que parecen bañar sus jubilosas letras en los resplandores de las lámparas y cirios redivivos, en las cadencias de los coros alegres y regocijados, en las frases de santas esperanzas que celebran la resurrección y anticipan la Pascua.

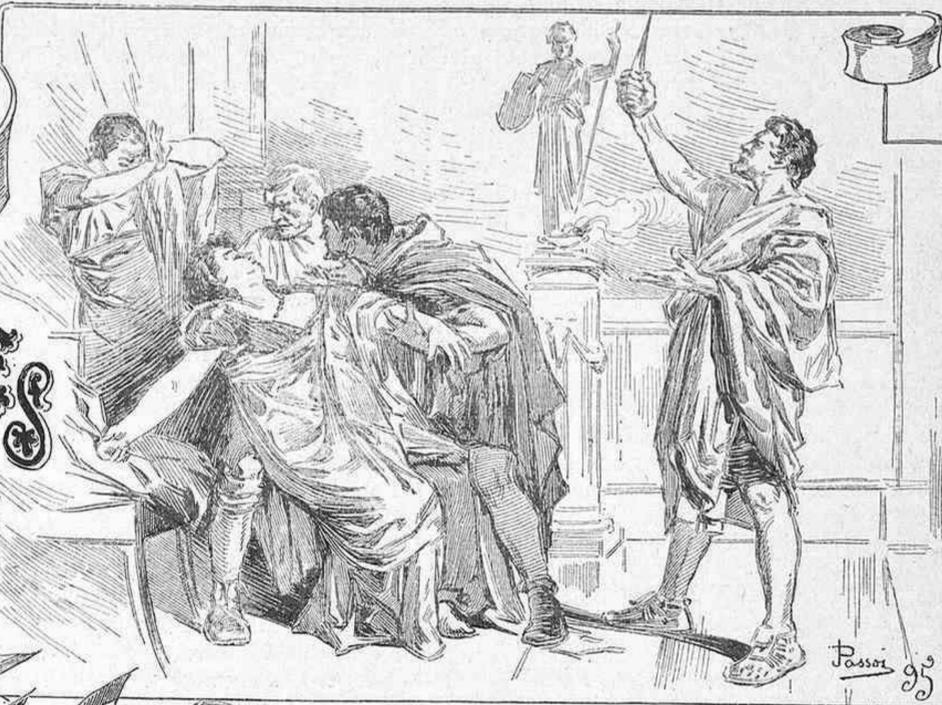
Esta festividad alegre de la Pascua se deriva del rito hebreo, que celebraba, primero, por abril, las flores; después, por junio, las siegas, y últimamente, por octubre, las vendimias. En su primer fiesta conmemoraban la salida del cautiverio; en su segunda fiesta la promulgación de los mandamientos por Moisés desde las cumbres del Sinaí; en su tercera fiesta los tabernáculos llevados por el desierto cuarenta días y al cabo establecidos en la tierra prometida, sobre la montaña de Sión. Tomamos los cristianos la Pascua de los judíos y celebrámosla poco más ó menos por los mismos días que éstos. Sin embargo, durante mucho tiempo, en la Pascua florida sólo conmemoramos la muerte del Salvador, remitiendo su resurrección á que la celebrase otra pascua, la granada, ó Pascua de Pentecostés. El tema de si Jesús tuvo su cena ó no el día mismo en que los judíos comieran su cordero, se controvirtió mucho allá por la escuela teológica de Tabunga y dió pie á que sus audaces é irreverentes profesores negasen su indudable autenticidad al cuarto Evangelio, al Evangelio de San Juan. Mas parece averiguado por los sabedores de historia religiosa que después del concilio de Nicea, quedó la Pascua del comienzo de la primavera consagrada de suyo á la muerte y resurrección del Señor, como la Pascua del fin de la primavera se consagró á la venida del Espíritu Santo. La moderna literatura guarda una página referenté á la Pascua en las primeras páginas del *Fausto* de Goethe. Recordémoslas.

Hase abstraído el doctor en términos que parece olvidado de toda realidad é inmerso, con la rigidez de un pobre náufrago cadáver, en el océano de las ideas. Así, después de haber agotado toda la ciencia humana, sin haber tenido más relación verdadera con la vida exterior que algún rayo de luna, cuyos reflejos penetraban en la noche por los vidrios de su laboratorio donde á la triste alquimia se daba, ó algún choque del ala de los gorriones del tejado con su ventana, al encontrarse como único abstracto en las retortas un poco de ceniza y como único residuo en los racionios y en los estudios un poco de duda, muy desengañado del saber y del pensar, muy desengañado de la filosofía, de la medicina, de la metafísica, de la religión también, vuélvese á pedir el sueño eterno á la muerte y á la nada el silencio y el vacío eternos también, cuando, en el momento de llevar su pomo letal de apercebido veneno á los labios, sueñan las campanas con las aleluyas y con las cantatas de Resurrección y le devuelven á sí mismo, reintegrándolo en la esperanza religiosa y sumergiéndolo en la vida universal. Emociones análogas todos experimentamos en el Sábado Santo al primer vuelo de las campanas por las alturas y al primer toque de los órganos que acompañan el cántico de Gloria. ¡Cuál mañana la mañana de Pascua en Levante! Dos días después de haber pasado la Soledad, con su corazón malherido de agudas espadas y su rostro lleno de lágrimas, entre las cadencias de un *Miserere* funerario en procesión, otra, la del Resucitado, se celebra, y las calles, antes luctuosas y gimiendo, se llenan de aromáticas enramadas, y los balcones, antes desiertos, se cubren de colgaduras carmeses, y el clero, antes con vestimentas de duelo y luto, luce dalmáticas y casullas blancas con recamados de mil flores, resaltando en fondos de plata y oro, como la Virgen, antes llorosa, esplende con su corona de astros en las sienas y su calzado de argénteo luna en los pies, divinizando todo ello el renacimiento de la vida en una primavera y en una Pascua que por todas partes tienden sus aladas mariposas con resonantes aleluyas.

Madrid, 22 de abril de 1895.



SEMBLANZA



La muerte de Lucrecia, cuadro de Rosales

En una hermosa mañana del verano de 1857 salía de la villa y corte, tomando la carretera de Francia, una de las *galeras aceleradas* que con relativa rapidez hacían por aquel entonces el oficio que hoy desempeña el ferrocarril, poniendo en comunicación la capital de la monarquía española con la nación vecina, á la zazón convertida en flamante imperio por obra y gracia del tercer Napoleón.

No faltaban nunca pasajeros que ocupasen los diversos asientos del pesado vehículo, y el día á que me refiero habíalos de todas clases y categorías, figurando en la más modesta un joven de rostro pálido, grandes y melancólicos ojos y simpática expresión, que según la hoja de ruta del mayoral era Eduardo Rosales, natural de Madrid, de 21 años de edad y con billete para Vitoria, primera etapa del viaje á la ciudad que constituye el ideal de todos cuantos se dedican á la noble y espinosa profesión de la pintura.

Parece condición indispensable de aquellos que luego han de brillar como estrellas de primera magnitud en el cielo del Arte, que la salida de la patria en demanda de la venerable capital del mundo católico haya de hacerse con la mayor penuria y á costa de no pocas privaciones y dificultades, y ciertamente no fueron pequeñas las que el joven Rosales tuvo que vencer para conseguir su propósito de trasladarse á Italia.

Completamente desconocido en el mundo artístico, privado de bienes de fortuna y sin más apoyo de familia que la cariñosa solicitud de su tío D. Blas Martínez Pedrosa, en cuya morada había encontrado un hogar que reemplazara al paterno durante sus estudios literarios y artísticos en la corte, fué necesario una gran dosis de energía y cierto presentimiento del porvenir para que Eduardo, poco á poco y mientras completaba la enseñanza recibida en la Escuela especial de Pintura, con las doctas lecciones de D. Luis Ferrant y D. Federico Madrero, pudiese agenciarse algunos fondos, ejecutando primorosas copias de Velázquez y otros maestros insignes del Museo del Prado. El producto no era grande, sin embargo, y Dios solo sabe el tiempo que hubiese tardado en reunir la suma necesaria para la realización de sus proyectos sin el oportuno encargo de pintar el supuesto retrato de D. García Aznar, quinto conde de Aragón, con destino á la galería de soberanos que entonces se estaba formando á expensas del gobierno. El producto de esta obra, ahorrado cuidadosamente por el manco, determinó la marcha á Roma con tanto afán

deseada, no sólo por Rosales, sino por sus íntimos amigos y compañeros de profesión Vicent Palmaroli y Luis Álvarez (1), que reunidos en un modestísimo estudio de Puerta Cerrada fantasearon cien veces aquel viaje, al que les impulsaba no sólo su vocación artística, sino también la esperanza de que el suave clima italiano detendría la marcha de la enfermedad del pecho revelada á Eduardo por un terrible vómito de sangre que le acometió en un café el martes de carnaval de 1856.

Llegado Rosales á Vitoria, alojóse en casa de un pariente cercano que desempeñaba un cargo en el ramo de comunicaciones, y allí fué donde tuvo lugar la reunión de los tres amigos, que enlazados por el afecto más sincero y la adhesión más inquebrantable, habían de constituir en adelante una triada indisoluble, lo mismo en las adversidades que en la fortuna, y que sólo la muerte había de deshacer con su implacable guadaña.

De cómo y en qué condiciones realizaron nuestros artistas su viaje á la ciudad pontificia da cabal idea la siguiente anécdota que Palmaroli refiere en un artículo publicado en el periódico *El Liberal*. Dice textualmente el ilustrado director del Museo del Prado:

«En la madrugada del 27 de agosto, ocho días después de haber emprendido la marcha, bajamos de un tren mixto en Cette. Eran las dos, y con nuestras maletas en la mano nos dirigimos al centro de la ciudad, en donde reinaba un silencio absoluto. Una hermosa luna iluminaba las calles solitarias, por las que marchábamos á la ventura, discutiendo qué resolución debíamos tomar, pues desconocíamos la población. Andando, andando, nos encontramos al lado de un canal lleno de pequeñas lanchas sin marineros y atadas al muelle. Inmediatamente concebimos el proyecto de pasar en una de aquéllas las horas que nos faltaban para terminar la noche. En efecto, escogimos la que nos pareció más limpia, y de un salto nos instalamos en ella, arreglándonos en el fondo, y sirviéndonos de almohadas los sacos de noche nos quedamos dormidos y no nos despertamos hasta que el día clareó; aun cuando yo creo que más que la aurora, nos despertaron las desenfrenadas carreras de unas ratas furiosas, sin duda contra los tres importunos que habían invadido su tranquila habitación.

»Al salir de la lancha y al volvernos para despedirnos del hospitalario y gratuito albergue que la suerte nos deparara, leímos el título de aquélla y era *La voluntad de Dieu*, y á pesar de que ninguno de los tres amigos éramos supersticiosos, consideramos el nombre de la lancha como cosa providencial y de buen augurio. Debo hacer constar aquí que Rosales y yo nos veíamos obligados á hacer el viaje de la manera más económica posible, pero Luis Álvarez podía haberlo hecho con toda comodidad; esto no obstante, buen compañero y amigo, prefirió seguir la

(1) A la amabilidad y galantería del ilustre autor de *La Silla de Felipe II* y tantas otras obras de reconocido mérito y justa fama, debo gran parte de los datos inéditos que me han servido para escribir la presente semblanza.

suerte de sus condiscípulos. A las pocas horas de lo que acabo de referir nos encamináramos á Marsella en el primer tren que llevaba tercera clase, y ya en aquel punto nos embarcamos para Liorna.»

De Liorna se dirigieron los viajeros á Florencia, visitando rápidamente las maravillas sinnúmero que encierra la celeberrima ciudad del Arno, y desde allí en un coche de colleras, por no haber otro medio de locomoción, dieron con sus cuerpos en un pobre *albergo* transteverino. Ya en Roma, suscitóse animado debate sobre cuál debiera ser el objetivo de su primera excursión. Cada cual indicaba sus simpatías por tal ó cual monumento, pero sonó en la conversación el nombre venerando de Rafael, y por aclamación se acordó que la tumba del famoso maestro, en el Panteón de Agripa, debía llevarse la preferencia, tratándose de artistas admiradores de las preciadas obras del gran pintor de Urbino.

Pasados los primeros meses y satisfecha la natural curiosidad, comenzó la fatigosa lucha por la existencia para los tres jóvenes, en especial para Rosales, que sin apoyo de ningún género y agotados rápidamente los escasos recursos que llevara de España, vióse pronto obligado á hacer copias de cuadros célebres de los museos vaticanos para ir cubriendo las más apremiantes necesidades y poder al propio tiempo hacer los estudios á que le inclinaba su natural propensión y el ardiente deseo de adelantar en su difícil carrera.

Empero como por un lado no abundaban los buenos parroquianos y por otra parte Rosales jamás demostró facilidad para la ejecución de esos cuadritos agradables y de moderado precio con que los artistas se ayudan en los trances difíciles de su carrera, la situación fué agravándose en tales términos que aquel genio á quien más tarde había de aclamar la Europa entera como pintor eminentísimo, desesperanzado y abatido, pensó en acudir á recursos extraños á su profesión, y con tal objeto comenzó á tomar lecciones de violín de cierto maestro, Pinelli, que notando en él buenas disposiciones musicales le hizo entrever la posibilidad de lograr con el manejo del arco lo que tan difícil se le presentaba con el de la paleta y los pinceles. Mas la traidora dolencia que seguía latente en el pecho de Eduardo, excitada por las angustias de su nada halagüeña situación, volvió á surgir amenazadora; y agotados los auxilios cariñosos de sus amigos, hizose indispensable el traslado del enfermo al hospital español de Monserrat.

Las simpatías que nuestro pintor excitaba por doquier por su dulce y afable trato, no le faltaron en aquel benéfico asilo, é interesado por su desgracia el rector, no sólo le atendió con solícito cuidado durante su enfermedad, sino que luego á título de convaleciente le conservó consigo varios meses, dando así espacio á que algunos individuos de la embajada española iniciaran y favorecieran la idea de lograr una pensión del ministerio de Fomento, que el buen Palmaroli obtuvo durante su estancia en Madrid en 1859 del entonces ministro marqués de Corbera, alegando que no solicitaba el auxilio oficial para el amigo, sino para el artista que había de dar á su patria gloria imperecedera.

Aquella pensión de ocho mil reales anuos, confirmada más tarde por el marqués de Vega de Armijo, fué la tabla de salvación que evitó el naufragio completo de las esperanzas de Rosales, que con nuevos

bríos volvió otra vez á sus trabajos artísticos, de los que es buena muestra la excelente copia de un fresco de J. A. Razzi, *il Sodomma*, ejecutado durante una excursión á Siena y remitido al ministerio de Fomento. Los buenos oficios de Álvarez en pro de su compañero, no sólo alentándole y animándole, sino procurando relacionarle con personas acaudaladas que pudieran adquirir alguna de sus obras, produjeron también buen resultado, y gracias á ello la distinguida condesa de Velle adquirió, entre otros, el precioso cuadro *Nena*, premiado con mención honorífica en la Exposición de Madrid de 1862.

A partir de esta época comenzó á cotizarse á buen precio la firma de Rosales, y éste, libre ya de las abrumadoras necesidades del momento, confiado en sus extraordinarias facultades é impulsado por el gusto en él innato por las escenas grandiosas y nobles de la historia, comenzó á preocuparse con la ejecución de una obra que le diera á conocer como quien era. Con tal objeto alquiló un estudio en la *Via dei Greci*, y aquella poderosa inteligencia, después de serias meditaciones, escogió como asunto para el cuadro en que fundaba todas sus esperanzas la simpática figura de la Reina Católica en el solemne instante de dictar su famoso testamento.

La índole peculiar, íntima, de esta semblanza me veda entrar en el terreno de la crítica artística de uno de los mejores cuadros que ha producido el arte moderno; tarea que por otra parte resultaría ociosa, cuando tanto y con tan encontrado criterio se discutió, analizó y comentó la obra maestra de Rosales al ser conocida del público en la Exposición de Madrid de 1864, en la que fué premiada con medalla de primera clase. Sólo haré constar que el éxito sobrepasó las esperanzas del autor, que ni por los elogios perdió su habitual modestia, ni por las críticas más acres revolvióse contra los que le censuraban por aquel estilo grandioso, franco y sencillo, que es una de las infinitas cualidades de primer orden que avaloran la composición que hoy en día figura entre las joyas que atesora nuestra Pinacoteca Nacional, gracias al patriótico desinterés del autor, que desechando proposiciones ventajosísimas que le hicieron del extranjero, prefirió gustoso la cantidad relativamente exigua ofrecida por el gobierno español, á trueque de que el *Testamento* no saliese de su patria.

Mas no por ello le faltó á la obra el aplauso y la admiración de las naciones extrañas, pues tras de obtener un premio en Dublín, el mundo entero, congregado en París con motivo de la Exposición Universal de 1867, rindió pleito homenaje á Rosales, aclamándole como el más eximio pintor de la época, y sólo unos cuantos votos de los jurados italianos, obcecados en conceder la medalla de honor al viejo artista Florentino Ussi, impidieron que tan preciada distinción consagrarse de un modo solemne la supremacía artística de nuestro compatriota.

Yacía en tanto el pobre Eduardo en el lecho adonde con frecuencia le conducía su mísera naturaleza. Una tarde, rodeado de sus amigos, entonces ya muy numerosos, manifestaba el enfermo sus temores de ser víctima de alguna de las intrigas tan frecuentes en los jurados artísticos de todos tiempos, máxime existiendo intereses encontrados de naciones diversas, cuando entró en la estancia el distinguido grabador Maureta con un telegrama en la mano. Al divisarlo Rosales, sobresaltóse en gran manera, y pálido y conmovido exclamó:

— ¡Dios mío, alguna mala noticia!

— Nada de eso, replicó Maureta; Raymundo Madrazo y Bernardo Rico me dicen que tienes una primera medalla y la gran cruz de la Legión de Honor, concedida por el emperador Napoleón únicamente á ti entre todos los pintores extranjeros.

Asomaron las lágrimas á los ojos de Rosales, que recibió conmovido los abrazos y enhorabuenas de los presentes, diciendo sólo:

— Hoy es el día más feliz de mi existencia.

Tan prodigioso triunfo no se tradujo sólo en honoríficas recompensas; las obras del maestro adquirieron un valor considerable; y á tener Eduardo miras más interesadas y positivistas, fácil le hubiera sido explotar su talento en condiciones tan ventajosas cual pudiera ambicionar. Pero su temperamento se oponía á todo lo que tuviese carácter mercantil, y contentóse con la desahogada posición que le proporcionaba el pintar aquello que le placía y se amoldaba á su manera especial de sentir el grande arte.

No he de entrar en la enumeración de las diversas obras ejecutadas por Rosales en el período que media desde el triunfo de París hasta la presentación de *La muerte de Lucrecia* en la Exposición de Madrid de 1871, porque esto puede hallarse en cualquier biografía; sólo haré constar que en esa época tuvo lugar el enlace con su prima doña Maximina Martínez Pedrosa, señora dotada de todos los atractivos que

podiera desear un espíritu tan superior como el de nuestro artista. Unía á los dos primos antiguo y sincero afecto, y el matrimonio, realizado en Madrid por Luis Álvarez por medio de poderes, fué la consagración de aquel idilio de familia.

Y con esto llego ya á la obra más discutida de Rosales, *La muerte de Lucrecia*, que por tantas peripecias había de pasar hasta su adquisición por el ministerio de Fomento en 1881, ocho años después de la muerte de su autor.

Pintó Rosales esta composición, tan admirable por todos estilos, en un amplio estudio de la *Via Flaminia*, y coincidió su terminación con el ataque de la ciudad pontificia por las tropas de Víctor Manuel en 1870.

En la mañana de aquel día memorable en que se consumó una de las mayores usurpaciones que registra la historia contemporánea, encontrábase Rosales sumamente alarmado por las noticias que corrían por la población referentes al inminente asalto de los soldados italianos, cuando llegó Alvarez al estudio. Comunicóle Rosales sus temores respecto á la suerte que podría correr el precioso lienzo en el caso de que el edificio, dada su situación, pudiese ser teatro de encarnizado combate, y en su consecuencia ambos amigos dedicáronse á poner en seguridad el cuadro, pero sus grandes dimensiones no hacían fácil tal tarea. Por último, desesperanzados de poder ocultarle en parte alguna, hubieron de contentarse con desclavarle del bastidor, arrollarle cuidadosamente y colocarle en el ángulo formado por la pared y el suelo de la habitación, cubriéndole luego con tablas, trapos y cuantos objetos pudieran preservarle de alguna avería. Felizmente nada turbó la paz del estudio durante el simulacro de defensa hecha por las tropas pontificias, y *La muerte de Lucrecia* pudo figurar incólume en la Exposición de 1871, proporcionando á su autor otra primera medalla, á pesar de la ruda oposición de cierto bando artístico que inculpaba á Rosales de excesiva franqueza en el toque y una independencia en los medios de expresión pictórica que pugnaba con los cánones tradicionales, defendidos como insustituibles desde los tiempos de Luis David.

Se ha dicho por algún crítico que la *manera* especial y peculiar de Rosales, más patente en las obras coetáneas y posteriores á *La muerte de Lucrecia*, tales como *Hamlet*, *La feria de Murcia*, etc., eran producto de su excesiva cortedad de vista, refiriéndose acerca de este particular alguna anécdota completamente apócrifa. Esto no es cierto, pues si bien Rosales sufría una miopía bastante acentuada, no era tanta que no pudiese pintar sin lentes en algunas ocasiones. Más bien debiera atribuirse la exageración en el toque á los múltiples elogios que con justicia se tributaron al *Testamento*, por la franqueza y vigor de la ejecución, y que hicieron acentuar al gran artista su especial manera de *poner el color*.

Mucho pudiera decirse sobre este particular y sobre otras cualidades técnicas que avaloran *La muerte de Lucrecia*; mas impidiéndomelo la razon expuesta al tratar del *Testamento*, forzoso me es dejar de nuevo al artista y volver á ocuparme del hombre, en el último período de su vida, ó sea en la época en que vivió en la capital de España.

Hallábase entonces Rosales en el apogeo de su talento y de su gloria. Querido de cuantos tenían la dicha de tratarle; aplaudido y celebrado públicamente, recibiendo á cada paso homenajes de consideración y respeto; solicitados con afán sus trabajos; gozando de la dulce compañía de su cariñosísima esposa en aquel hogar alegrado por las gracias infantiles de su hija Carlota, que hoy ocupa un honroso lugar en la esfera artística como pintora distinguida; todo sonreía al gran maestro, que creía llegado el momento de ver recompensados sus afanes y las angustias sufridas, hasta compartir con Fortuny la soberanía de la pintura española contemporánea. Pero la tisis rara vez perdona á sus elegidos, y con el aumento de trabajo coincidió también el de la terrible dolencia, dificultando con sus ataques la ejecución de sus últimas obras: los *Evangelistas* destinados á la derruida iglesia de Santo Tomás; el techo del palacio de Portugalete, representando una *Alegoría de la Música y la Poesía*, y algunas otras no tan conocidas.

Sobrellevaba Rosales sus padecimientos con ejemplo resignación, confiando, como en su juventud, que el regreso á Italia le preservaría de las asechanzas de su mortal enemiga. El nombramiento, pues, de director de la Academia española de Roma le satisfizo en gran manera, porque facilitaba la ejecución de su proyecto de abandonar á Madrid. Así se lo manifestó á Luis Alvarez al despedirle con rumbo á la capital del reino italiano en busca de nuevos laureles.

— Adiós, Eduardo, dijo aquél estrechando cariñosamente la mano de su íntimo amigo. Allí te espero. Hasta la vista...

— Sí, hasta la vista, contestó Rosales muy emocionado.

Y dió un paso para separarse de un compañero al que había llegado á llamar hermano; pero de pronto, sombrío presentimiento abrumó su imaginación, y volviendo atrás exclamó:

— ¡Luis, dame un abrazo..., el último tal vez, por si no volvemos á vernos más!

Poco tiempo después, el 13 de septiembre de 1873, el autor del *Testamento de Isabel la Católica* y de *La muerte de Lucrecia*, imposibilitado de salir de Madrid, entregaba su alma á Dios entre las angustias de la disnea, mas con cristiana resignación y ejemplarísima piedad, no dejando á su atribulada familia riquezas ni bienes temporales, pero legándole en cambio un nombre glorioso que será siempre pronunciado con respeto por todos los amantes de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno.

Para terminar este ligero trabajo sobre un hombre cuya vida y obras consideradas bajo diversos aspectos requieren espacio más amplio y pluma más autorizada que la mía, paréceme oportuno dar á conocer el retrato hecho por su compañero Palmaroli en el artículo antes citado:

«Rosales — dice — era alto, guapo, de mirada inteligente y dulce, melancólico, como lo son todos los que están destinados á morir de la cruel y terrible enfermedad de la tisis. Su carácter era reflexivo, frío y reservado; tuvo muchos amigos, íntimos pocos. Fué Rosales muy galanteador y trovador siempre victorioso. Jamás se ocupó en la política, pero sus ideas eran verdaderamente liberales. Vestía con gran sencillez y con mucho esmero y elegancia. Como artista de gran sentimiento adoraba en la música. Conocía muy bien la literatura española, y en cuanto llegó á Italia gustó y cultivó la italiana. Sus cartas son modelo de expresión clara y sencilla y su contextura literaria elegantísima.»

Por mi parte sólo he de añadir que aun respetando los insondables designios de la Providencia, es lícito deplorar, por la gloria del arte patrio, que un genio de facultades tan excepcionales no alcanzara la edad que lograron el Greco, Morales, Espinosa, Goya y sobre todo el centenario Tiziano Vecellio de Cadora.

A. DANVILA JALDERO,

C. de la Real Academia de San Fernando

* *

Como ampliación del notable artículo del Sr. Danvila Jaldero, reproducimos á continuación algunos fragmentos de un trabajo inédito y recientemente escrito por nuestro querido amigo y colaborador Sr. Balsa de la Vega, á quien damos las gracias por habernos autorizado á publicarlos.

No era Eduardo Rosales idealista, ni discurrendo, ni pintando, ni expresando su modo de sentir la belleza; las siguientes frases del artista madrileño demuestran este extremo.

Encontrábase varios amigos, aficionados y pintores en el estudio de Rosales, y hablaban de las condiciones que debía tener un cuadro ó una estatua para que atrajese la atención pública. Unos decían que la primera condición de la obra era el pensamiento; otros que la corrección de la traza; otros que la mayor verdad en la interpretación del natural; otros que el cuadro histórico, por reunir las citadas condiciones de pensamiento, dibujo, composición, etcétera; otros que la pintura decorativa; en fin, cada cual fué exponiendo su parecer. Llegaba á todo su auge la discusión, cuando Rosales, hasta entonces callado, dejó la paleta, y adelantándose hacia los que discutían, dijo gravemente:

— Yo creo, señores, que es buena la escultura ó la pintura que arranca al espectador una exclamación de sorpresa.

Hace pocos días el distinguido dibujante Sr. Comba, único discípulo que tuvo Rosales, me enseñaba, en corroboración de lo que vengo diciendo, una carta, que conserva como reliquia inestimable, escrita desde el establecimiento termal de La Fuensanta por su maestro. En dicha carta, además de otros consejos y advertencias respecto de cómo debe estudiarse el arte de la pintura, decía textualmente: «Haga usted estudios del natural y muy á conciencia hechos, que el poco más ó menos nunca ha hecho los buenos artistas.»

Cuando pintaba se abstraía de tal modo que no se daba cuenta de lo que sucedía en derredor suyo, hasta el punto de que su discípulo el citado Sr. Comba, después de horas de permanecer en el estudio viéndole trabajar, alguna vez se retiró sin saber si Rosales se había hecho cargo de su presencia.

Al revés de lo que suelen hacer todos los pintores, que colocan el modelo á cierta distancia del lienzo y generalmente á la derecha, el célebre artista lo



J. García y Ramos

Agencia de Arte

CIGARRERAS SEVILLANAS dibujo original de J. García Ramos

colocaba al lado del caballete. Algo influía para esta colocación la cortedad de vista de Rosales, pero no puede achacarse por completo á tal defecto físico aquella costumbre, pues pintores conozco mucho más cortos de vista que el eximio autor del *Testamente*, y como la generalidad de sus colegas, ponen á distancia la figura. Lo verdaderamente asombroso era su modo de pintar. Acercábase al modelo, miraba fijamente en él aquella nota, línea ó parte que debía reproducir ó trasladar á la tela, y en seguida se colocaba á distancia, volvía á mirar la figura que pintaba, avanzaba al cabo y el pincel ponía el color; pero con tanta seguridad, que rara era la vez que «levantaba» lo hecho. Sin embargo de esto, si se mira con detenimiento la figura de Bruto del cuadro *La Muerte de Lucrecia*, pueden verse bajo del brazo derecho las huellas de varios tanteos del movimiento de dicho brazo.

No fueron los aplausos para el pintor madrileño lo que para el pintor de *La Vicaría*, ni en número ni en remuneración. Mientras en París aplaudían críticos, inteligentes y artistas al genial Fortuny, y aquí en España se le dedicaban artículos encomiásticos y se le traía y se le llevaba, como á ídolo chino, á Rosales se le regateaban los elogios. La alta idea que como hombre superior tenía de sí mismo, le impedía mirar y aquilatar esa diferencia de éxitos. Todavía, ¡qué digo todavía!, entonces, en el año de 1871, cuando presentó el cuadro *La muerte de Lucrecia*, las censuras de la crítica y las de bastantes artistas cayeron con violencia sobre Rosales. Allá en la soledad de su taller, el gran pintor solía hablar á algún íntimo de las amarguras que tales juicios le proporcionaban. Alguna vez, en uno de esos momentos en que á pesar de la bondad de su carácter se rebelaba contra la suerte, hubo de exclamar: «Dicen que pinto con las brochas de afeitarme, que pinto escenográficamente; pues, señor, yo no sé pintar como quieren que pinte.» Mas sin embargo de esto, no intentó variar de rumbo. Los Evangelistas que destinaba para la iglesia de Santo Tomás, son una prueba de la fijeza en sus ideales.

Fortuny fué uno de los artistas que apreciaron en lo que valía á su colega. Rosales nos ha legado un retrato del pintor reusense, del cual no hace mención nadie, y que es uno de esos retratos que tiene la doble importancia del parecido y de representar el personaje principal de la obra maestra de Shakespeare. Me refiero á la figura del príncipe danés del cuadro *Hamlet y Ofelia*. Vestióse Fortuny la ropilla y «puso» la figura. Allí está llena de vida, de pasión, sacudiendo violentamente á Ofelia y diciéndole que se vaya al convento; que en el mundo, así sea más pura que el ampo de nieve, se dudará de su virtud.

De esa fecha datan varios cuadritos de caballete de Rosales; pero aun cuando la vista de las obras de Fortuny parece notarse en ciertos detalles de la manera de aquél, el genio del gran artista era de una pieza, no tenía flexibilidad. Tal había sido la voluntad de Dios al concederle el alto don que le inmortalizó.

R. Balsa de la Vega

FRANCISCO COPPÉE

No vamos á descubrir, como ahora se dice, al poeta de *Les Intimités* y de los *Poemes modernes*, ni al autor de dramas tan hermosos como *Severo Torelli* y *Pour la couronne*, ni al novelista que tanto nos hace sentir con *Toute une jeunesse* y con sus cuentos y novelas cortas: queremos simplemente dar á conocer, reproduciéndolos de una notable revista francesa, algunos de los rasgos característicos de su modo de ser y de pensar, sorprendidos en el trato familiar é íntimo.

Francisco Coppée, después de haber pasado la mayor parte de su vida en París, ha ido á establecerse en una hermosa finca de su propiedad, denominada la Fraiziere y situada cerca de uno de esos pueblecitos que tanto embellecen los alrededores de la capital francesa. El poeta que tantas veces y con emoción tan sincera ha traducido la alegría de los humildes que después de una vida de trabajo realizan su sueño dorado, retirándose al campo y viviendo en una pintoresca casita, fruto de heroicas y lentas economías, ha logrado á su vez, después de treinta años de labor maravillosa, gozar de esas mismas delicias, y hoy al contemplar los prados, el jardín, el huerto y la casa de la Fraiziere puede exclamar con tanta satisfacción como orgullo: «¡Todo esto me pertenece, todo lo he ganado honradamente con el solo esfuerzo de mi pensamiento!»

Y cuando solo ó acompañado de su hermana Anita, de la que nunca se ha separado, se pasea por los

caminales y senderos de su finca, de fijo acuden á su mente, por la fuerza del contraste, los recuerdos de su modesta infancia, sobre los cuales flota la sombra de su madre, de aquel ser adorado y adorable, cuya memoria constituye para Coppée un verdadero culto.

— Mi madre — dice el poeta — había tenido ocho hijos, de los cuales murieron cuatro: quedábamos mis tres hermanas y yo. En mi casa no había más ingresos que el sueldo, no muy pingüe, de mi padre, empleado en un ministerio, y con él era preciso mantener á todos y conservar cierto rango: aunque el problema resultaba difícil, la fuerza de voluntad y las manos de hada de mi pobre madre realizaban prodigios, y gracias á su actividad, á su paciencia y á su habilidad la casa y todos nosotros le hacíamos honor. Cierta que había momentos difíciles: así por ejemplo, á fines de mes la comida no era ni muy abundante ni escogida, pero nunca dejaba de servirse sobre mantel limpiísimo, ni faltaba jamás en tiempo de las flores un ramo en la mesa. No acabaría nunca si hubiera de referir los esfuerzos extraordinarios que realizó, más aún con su corazón que con sus manos, aquella santa mujer, siempre alegre, siempre sonriente para animar á los demás, que en los días de mayor escasez redoblaban su buen humor, y ya que no podía llenar nuestra casa de oro la llenaba con sus canciones.

Tratando íntimamente al gran escritor, se observa que el Coppée que escribe en nada se parece al Coppée que habla: escribiendo, muéstrase lírico con algo de ironía sentimental y de presuntuosa sencillez; hablando, es jovial y franco, no se desdén de emplear tal ó cual palabra más ó menos cruda y salpica su conversación con anécdotas picantes. En esto se revelan los dos aspectos de su naturaleza: tiene gustos refinados y comprende el alma de las gentes sencillas; sus sentidos son los de un aristócrata y su corazón el de un plebeyo; su sensibilidad de artista oculta algo de la picardía del pilluelo parisiense. Su voz misma tiene inflexiones que recuerdan el acento de los arrabales, y sus ojos azules brillan con cierta alegría burlona que se refleja también en los pliegues de sus finos labios. Hay en este académico algo del hijo del pueblo, que todavía se entretendría en curiosear los escaparates de las tiendas y en distraerse con el más insignificante suceso callejero... si no tuviese que entregar cuartillas á su editor. Porque Coppée siente una secreta inclinación á la indolencia y no se desdén en confesarlo, puesto que en una de sus composiciones ha dicho: «Soy un perezoso que ha trabajado mucho.»

Coppée se ofrece aún bajo otro aspecto, el de reaccionario. Sin que se sepa por qué, está animado de un violento espíritu de oposición contra los gobiernos democráticos: odia la política y á los que de ella viven, el Palacio Borbón, los discursos que en él se pronuncian y las profesiones de fe que hasta él conducen, las reuniones públicas, el aparato del sufragio universal, las bandas de los alcaldes, los bordados uniformes de los prefectos, los ramilletes tricolores ofrecidos á los ministros por jóvenes vestidas de blanco, la *Marsellesa*, los orfeones y las diversas ceremonias de la pompa oficial.

Los grandes dramas de Coppée parecen condenados á no estrenarse en la Comedia Francesa. Cuando el poeta hubo terminado su *Severo Torelli* apresuróse á presentar el manuscrito á M. Perrin, director á la sazón de aquel teatro, que lo acogió muy fríamente, llegando á decir que la escena capital del segundo acto era irrepresentable. Coppée recogió su manuscrito, no sin sentirse mortificado en su amor propio, y se dijo: «Si mi drama es irrepresentable en la orilla derecha, será representado en la izquierda, pues por fortuna el omnibus que pasa por la Comedia Francesa conduce también al Odeón.»

En efecto, el director de éste, M. La Rounat, admitió la obra, cuyos ensayos comenzaron inmediatamente y cuyo éxito superó á todas las esperanzas.

Lo propio sucedió con su nuevo drama *Pour la couronne*. Rechazado por el comité del teatro Francés, fué aceptado por la dirección del Odeón, que lo puso en escena con gran lujo y propiedad y que obtuvo con sus representaciones pingües beneficios, pues la obra produjo en el público indecible entusiasmo y valió á su autor una de las mayores ovaciones conseguidas en su larga y triunfal carrera literaria.

Hablando de su método de trabajo decía recientemente Coppée á un periodista:

— En este punto soy muy caprichoso y mi divisa es la de Enrique Murger. Hay semanas en que uno no tiene ganas de trabajar... Aquí, en la Fraiziere, en la soledad de estos campos, aún puedo hacer algo todos los días; pero en París mil disipaciones me atormentan, las reuniones, los banquetes y otras distracciones que la sociedad impone y que procuro soportar con sobrehumana energía. — X.

TERCER CENTENARIO DE LA MUERTE DEL POETA ÉPICO TORCUATO TASSO

El día 25 del presente mes cumpliéronse trescientos años de la muerte del gran poeta.

Varias ciudades de Italia disputáronse el honor de haber sido cuna del autor de *La Jerusalén libertada*,



Copia del busto con la careta de cera del poeta Tasso tomada del natural, existente en el convento de San Onofre en Roma

pero está fuera de toda duda que éste nació en la pintoresca villa de Sorrento, en 11 de marzo de 1544. Hijo de un poeta, Bernardo Tasso, cuya fama sería más notoria de no haberla obscurecido el mayor renombre de Torcuato, sintió desde muy niño por la poesía una pasión que no fueron bastantes á destruir los estudios jurídicos á que su padre le dedicara. A

Nonne in talgisa i lavien alla
 K' amor no l' indiosa Armida,
 He llo dice a le p'ncesse aspetta
 Ma de seo nerare altri confida
 V'ha tra le Goffredo aigual canetta
 Tu dubbia impresa fu' secura giuda
 Sedition gresser la c'pna, el resto
 E' l' desir di un verso il f'nciso in c'eto

Canto Sexto

Autógrafo del poeta Tasso
 Facsímile de la estrofa primera del canto VI de *La Jerusalén libertada*, que se conserva original en la Biblioteca Real de Viena. (Dos tercios del tamaño original).

los diez y ocho años había compuesto el poema heroico en doce cantos *Reinaldo* y concebido la idea y aun compuesto algunos cantos de *La Jerusalén*. Llamado en 1565 á Ferrara por el cardenal Luis de Este, fué á poco admitido en la corte ducal de Alfonso II, en donde animado por el príncipe pudo continuar su comenzado poema.

La muerte de su padre, acaecida en 1569, obligóle á partir de Ferrara; mas no tardó en volver á aquella ciudad, entrando de nuevo en el servicio del cardenal Luis, quien lo llevó consigo á Francia, en cuya corte halló el poeta la más cordial y entusiasta acogida. En 1572, á consecuencia de una calumnia, hubo de abandonar á su protector y otra vez marchó á Ferrara: allí escribió un drama pastoral *Aminta* y terminó en 1575 *La Jerusalén libertada*.

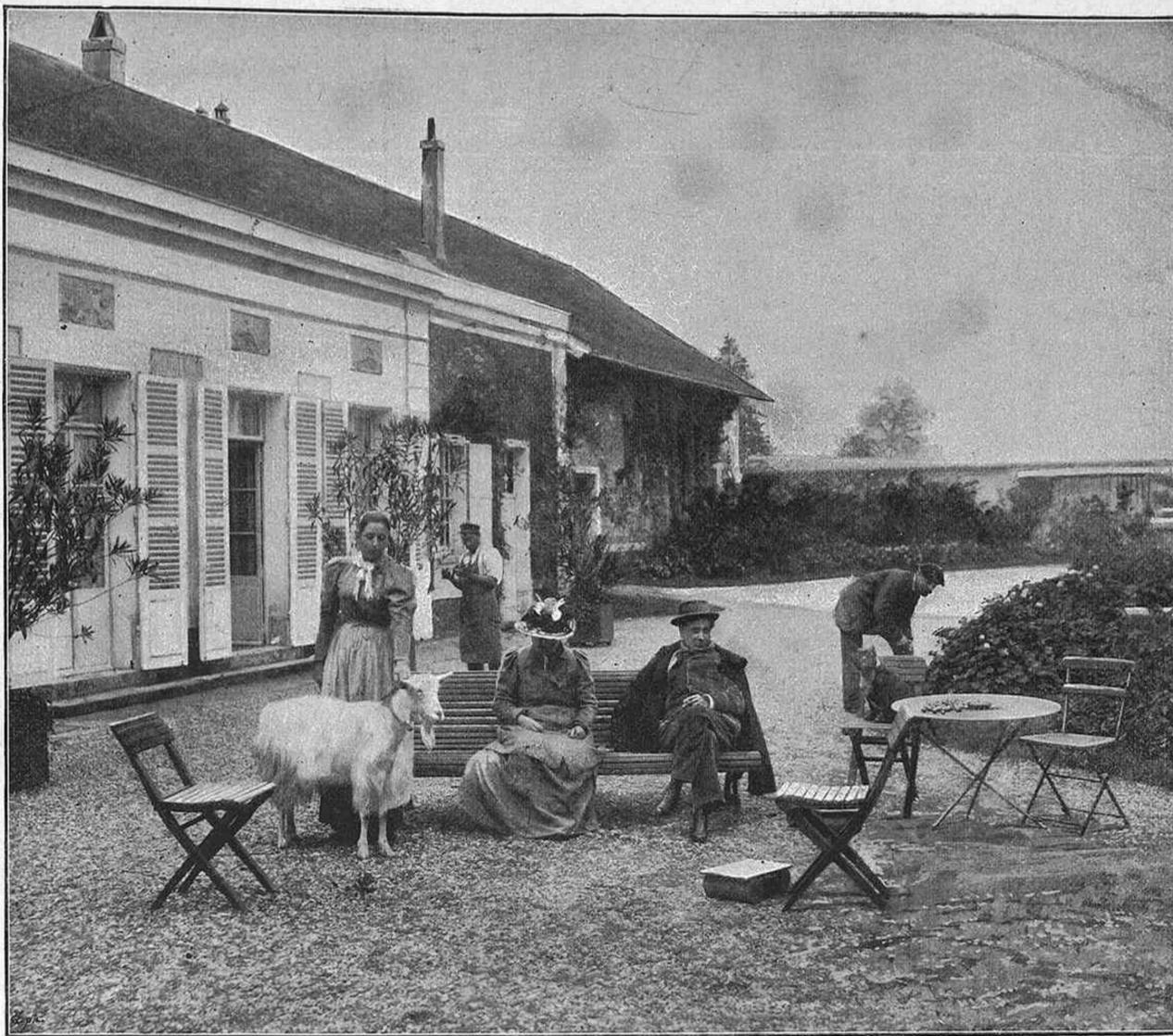
Desde aquel momento comenzaron para él las contrariedades que ya no debían abandonarle hasta el fin de su vida. La crítica despiadada, inspirada en móvi-

les mezquinos, cebóse en aquella obra que había de ser la admiración de los venideros siglos. Tasso, cediendo en algunos puntos, quiso en otros defender su poema, lo cual fué para él causa de no pocas pesadumbres que, unidas á la pérdida de seres queridos, á unos amores desgraciados y á su temperamento tétrico y dado á la melancolía y á las cavilosas, quebrantaron la firmeza de su razón, dejando asomar los primeros síntomas de la demencia que en él hizo presa más adelante, cuando fué encarcelado por orden de Alfonso y por causas que la historia no ha logrado poner en claro. Poco después se le condujo al convento de San Francisco, de Ferrara, de donde no tardó en escaparse, yendo á refugiarse en casa de su hermana Cornelia, en Sorrento; pero dominado por su melancolía y por quiméricas inquietudes trasladóse sucesivamente á Roma, á Ferrara, á Padua, á Venecia y á Urbino, en donde fué acogido

por la corte como se merecía, á pesar de lo cual estuvo allí muy poco tiempo, trasladándose á Turín, desde donde solicitó y obtuvo permiso para volver á Ferrara. Pero mortificado por el frío recibimiento que se le dispensó, deshízose en invectivas contra el du-

que Alfonso, quien mandó en 1579 encerrarlo en el hospital de locos de Santa Ana. Después de más de siete años de cautiverio, que hicieron más terrible los malos tratamientos de que allí fué objeto, el duque devolvió la libertad al poeta: Tasso entonces se

sobre un busto, vestido tal como representa nuestro grabado: la cabeza es fina, de notable belleza; la fisonomía agradable, la pureza del perfil y el contorno de la boca realzan la distinción de estas facciones de poeta y hombre elegante. - M.



El eminente poeta francés Francisco Coppée en su quinta de la Fraiziere

refugió en Mantua, y allí dedicóse á sus trabajos literarios, entre ellos un nuevo poema, *La Jerusalén conquistada*, que alternaba con estudios teológicos y prácticas piadosas. Hizo varios viajes á Roma, á Florencia y á Nápoles, y llevaba cuatro meses de estancia en esta última ciudad cuando el cardenal Cinthio quiso atraerlo á Roma, renovando en honor suyo la ceremonia de la coronación en el Capitolio, que no se había reproducido desde los tiempos del Petrarca.

Tasso, aunque poco halagado por tal distinción, volvió á Roma, siendo allí acogido con grandes honores y refugiándose en el convento de San Onofre; pero postróse en cama una fiebre violenta que le llevó al sepulcro el día 25 de abril de 1595, es decir, el día antes del señalado para la ceremonia de la coronación.

La cara del Tasso que reproducimos es una careta de cera, tomada del natural, que los monjes de San Onofre han colocado



En los Apeninos, dibujo original de Mariano Barbasán



COLOQUIO INTERRUPTO, CUADRO DE E. DE BLAAS

NUESTROS GRABADOS

El actor español Ricardo Calvo. — Cuando hace unos pocos años presentose Ricardo Calvo al público de Barcelona por vez primera como primer actor y director, puso en escena, en la noche de su beneficio, el magnífico drama romántico del duque de Rivas *Don Alvaro ó la fuerza del sino*: los ca-



El actor español Ricardo Calvo, muerto en Madrid el 21 de abril de 1895

lurosos aplausos que en las principales escenas le prodigaron los espectadores, que llenaban por completo el teatro del Eldorado, convirtiéronse al final de la obra en una ovación entusiasta. Levantose la cortina ininidad de veces, y al fin Ricardo Calvo, llenos de lágrimas los ojos y con acento conmovido, pronunció estas palabras casi ahogadas por los sollozos: «Acepto estos aplausos que me tributáis, pero los acepto para dedicarlos á la memoria de mi inolvidable hermano Rafael.» Esta frase retrata al actor cuya reciente pérdida lloran los amantes del arte dramático. En efecto, nacido á la vida de la escena al lado de Rafael, mientras vivió éste no le abandonó nunca y prefirió siempre ocupar junto á él un lugar secundario á buscar fuera de su compañía un puesto principal que otros con menos merecimientos que él han conquistado. Muerto su hermano, á quien quería entrañablemente y con cuyo modo de sentir y de pensar hallábase completamente identificado, puso todo su empeño en cuidar de la herencia que aquél le legara y prosiguió representando el repertorio de Rafael, no por el afán de ser con éste parangonado, sino por mantener siempre vivo en el público el recuerdo del que fué su actor predilecto. A pesar de esto, la comparación vino y Ricardo salió triunfante de la prueba: los que hasta entonces sólo vieran en él á un actor estudioso hubieron de reconocer que era de la masa de los grandes actores, y si algún defecto se le encontraba era precisamente el de querer seguir demasiado las huellas de su hermano, cuando poseía aptitudes suficientes para tener una personalidad propia.

Ricardo Calvo sobresalía, y en esto diferenciábase de Rafael, en todos los géneros, y lo mismo entusiasmaba en el drama romántico y en la comedia clásica que deleitaba en la comedia de costumbres y divertía en el juguete cómico y en el sainete, representando con igual maestría el *Don Alvaro*, que *El vergonzoso en palacio*, *El anuelo* que *El ventanillo*.

Su muerte es una gran pérdida para el teatro español, y ha sido hondamente sentida por cuantos vemos poco á poco desaparecer, sin ser substituidas, las grandes figuras que han ido perpetuando las gloriosas tradiciones de nuestro arte escénico.

Fridthjof, escultura de E. Hubner. — Cuenta una leyenda noruega que Fridthjof, hijo de un labrador, estaba enamorado de la bella Ingebjorg, hija del rey de Sogn, con la cual se había criado. Muerto el padre de su amada, pidió la mano de ésta á sus hermanos Helge y Halfdan, quienes en vez de acceder á su demanda casaron á Ingebjorg con el anciano rey Hring y condenaron al mancebo á tener que llevarles el tesoro de Angantyr, en castigo de haber ofendido á Helge. Fridthjof, después de haber incendiado el templo de Balder, huyó de su patria y se refugió en la corte de Hring, el cual, después de haberle otorgado su favor en vida, dejóle á su muerte dueño de su esposa Ingebjorg y de su reino de Ringerike, situado al Sur de Noruega. Fridthjof cedió el reino á los hijos del monarca difunto, y acompañado de Ingebjorg volvió á su país, en donde mandó construir un templo para reparar el pecado en otro tiempo cometido, dió muerte en una batalla á Helge y obligó á Halfdan á abandonar á Song, en donde reinó él como soberano. Tal es el héroe legendario que el notable escultor alemán ha reproducido en su magnífica escultura, representándolo en el momento en que después de haber incendiado el templo de Balder huye de su patria. La figura modelada por Hubner tiene vida, se mueve y en su rostro expresa el espanto producido por la idea del tremendo crimen que acaba de realizar: desde el punto de vista técnico admíranse además en ella la elegancia de líneas y la maestría de ejecución, que revela perfecto conocimiento del desnudo.

Cigarreras sevillanas, dibujo original de J. García Ramos. — Al distinguido artista sevillano J. García Ramos debemos el notable dibujo que reproducimos, trasunto fiel del natural, inspirado en el conjunto animado y bullicioso, altamente pintoresco, que ofrecen los grupos de cigarreras en la fábrica de tabacos de Sevilla.

Esta industria, relativamente moderna, ha dado origen á una clase que en cada centro ofrece un tipo especial y característico, distinguiéndose quizás entre todos el de la cigarrera sevillana, en la que parece se hallan resumidos, concentrados, las cualidades y defectos de todo el gremio.

Nuestros lectores conocen otras producciones del genial pintor, y esta circunstancia nos releva, ó mejor dicho, nos impide, reproducir juicios ya emitidos. Hemos de limitarnos, pues, á felicitar al artista por su nuevo trabajo y á significarle una vez más la consideración y estima que nos merece.

En los Apeninos, dibujo original de Mariano Barbasán. — Las abruptas vertientes de los Apeninos, en toda su ruda y violenta grandeza, impresionaron vivamente á nuestro amigo el distinguido pintor Mariano Barbasán en su última y reciente excursión artística, sugiriéndole el deseo de utilizar aquella poética y pintoresca región del territorio italiano como asunto del gran lienzo en cuya ejecución se ocupa actualmente, al que ha servido de base y antecedente el notable estudio que reproducimos, bastante por sí solo para patentizar las cualidades que concurren en el celebrado pintor.

Al fijarse en el dibujo, apréciase el acierto del artista, puesto que ha logrado representar en toda su severa grandiosidad una porción de la famosa cordillera, una de cuyas peligrosas vertientes atraviesa la garrida pastora, segura la planta y sereno el espíritu, despreciando el peligro de los profundos despeñaderos y de las movedizas piedras y guijarros en donde debe sentar el pie.

No dudamos que el nuevo cuadro de Barbasán ha de sorprender agradablemente á todos los amantes del arte patrio, aplazando para entonces emitir por completo el juicio que ya nos merece su última obra.

Coloquio interrumpido, cuadro de Eugenio de Blaas. — Años hace que este pintor se dedica á los cuadros de género venecianos, buscando para ello sus modelos, no en los palacios, sino en los barrios populares, en donde el tipo de las mujeres se conserva en toda su pureza. Sus cuadros *¿Qué me querrá?*, *Muchacha veneciana* y *El teatro de polichinelas*, reproducidos en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, confirman lo que decimos y demuestran hasta qué punto ha llegado Blaas á dominar los temas á que con preferencia se consagra. El que hoy publicamos casi no necesita explicación: el viejo marinero está en agradable coloquio con las tres muchachas, hablándoles de sus amoríos ó quizás contándoles algún cuentecito un tanto subido de color que hace asomar la risa á sus labios, cuando advertido de que se aproxima su malhumorada cónyuge, poco amiga de ciertas bromas, suspende la conversación, y fingiendo entretenerse en limpiar su pipa, lanza una mirada maliciosa á la vieja, á quien teme más que al temporal en alta mar. En este cuadro, como en todos los de Blaas, no hay una figura que pueda calificarse de secundaria: todas tienen capital importancia y todas están tratadas con un cariño y una perfección que sólo poseen los que de veras sienten el arte y han llegado con su talento á dominar todos sus secretos.

El pintor francés Chenavard. — Ha fallecido este celebrado artista en Lyon á la edad de ochenta y siete años. A los diez y siete llegó á París para entrar en el taller de Hersent y de Ingres; dos años después, en 1827, partió para Italia, y en 1830 pintó su primer cuadro histórico. Pasó diez años de su vida dibujando una serie de cartones que constituían una *His-*



El pintor francés Chenavard, muerto en Lyon el 12 de abril de 1895

toria de la Humanidad. En 1848 el gobierno provisional le encargó el decorado del Panteón, que comenzó con gran entusiasmo; pero la caída de la república le impidió terminar esa obra, cuyos cartones figuraron en la exposición de 1853 y valieron al artista la cruz de la Legión de Honor, que le confirió Napoleón III. Estos cartones y varios lienzos de Chenavard quedaron arrinconados, hasta que en 1870 M. de Cheneviers, á la sazón director de Bellas Artes, propuso su cesión al museo de Amiens; pero Chenavard renunció á todos los ofrecimientos para legarlos á Lyon, su ciudad natal, en cuyo museo se encuentran actualmente.

Los estudiantes alemanes felicitando á Bismarck. — De todas las fiestas que se han celebrado en Friedrichsruhe con motivo del octogésimo cumpleaños del príncipe Bismarck, ha sido sin duda la más brillante la de los estudiantes alemanes. Más de cinco mil de éstos, procedentes de todas las universidades de Alemania, quisieron demostrar con una manifestación grandiosa su cariño, su lealtad y su gratitud al gran canciller: reunidos en Hamburgo, dirigiéronse en trenes extraordinarios y desde la estación de Aumuhle se encaminaron á un campo cercano á la residencia de Bismarck, en donde se formaron los grupos de las distintas universidades, cada uno con su bandera, y desde allí fueron todos al parque de Friedrichsruhe. A cosa de la una apareció en el amplio mirador del palacio el príncipe rodeado de los rectores de las universidades: un ¡hurra! estruendoso saludó su aparición; millares de voces aclamaban al ilustre anciano mientras los acordes de las músicas confundíanse con las aclamaciones de la multitud que agitaba pañuelos, sombreros y espadas con entusiasmo delirante. El príncipe con la cabeza descubierta contempló hondamente conmovido aquel grandioso espectáculo que se prolongó largo rato, no cesando un punto los vivas que atronaban el espacio. Restablecido al fin el silencio, un estudiante de Bonn pronunció un discurso felicitando al gran canciller, reiterándole el testimonio de afecto y gratitud de la juventud académica, asegurándole que ésta continuará la obra creada por el genio del príncipe. Las últimas palabras del orador fueron ahogadas por estruendosos aplausos y nuevas aclamaciones. El príncipe, profundamente emocionado, contestó á esa salutación con un discurso en que describió sus difíciles luchas políticas, la grandeza

de Alemania en tiempo de los Hohenstaufen y Carlovingios, la posterior decadencia del imperio, la laboriosa restauración de la unidad alemana, conseguida merced á la cooperación de los príncipes alemanes, el glorioso reinado de Guillermo I, y finalmente los propios esfuerzos que, después de lograda aquella unidad, ha venido haciendo en pro del mantenimiento de la paz. Terminó el príncipe su oración con las siguientes palabras dirigidas á los estudiantes: «Conservad lo que tenemos, sin temor á aquellos que ven con despecho nuestro triunfo; tened siempre los ojos fijos en la bandera nacional y en todas las luchas sirvaos de lazo de unión la idea grandiosa que personifican el emperador y el imperio. ¡Viva el imperio! ¡Viva el emperador!» No hay que decir el entusiasmo con que fué acogido este discurso por los estudiantes, los cuales desfilaron por delante del príncipe, retirándose después del parque de Friedrichsruhe.

MISCELANEA

Bellas Artes. — MILÁN. — Se ha inaugurado solemnemente el monumento de las Cinco Jornadas, erigido en conmemoración de la lucha sostenida desde el 18 al 22 de mayo de 1848 por la población milanésa contra las tropas de Radetzki. El monumento, obra del escultor Grandi, recientemente fallecido, consiste en un obelisco de granito á cuyo pie hay un grupo de cinco mujeres, con un águila y un león, formando una composición que se considera como una de las más grandes creaciones monumentales de la moderna plástica italiana.

ATENAS. — Después de una inspección minuciosa del Partenón, el profesor Durm ha manifestado al gobierno griego que era posible realizar la obra que le ha sido encomendada de preservar las ruinas existentes de nuevos deterioros, sin alterar el carácter del monumento. Del mismo parecer es el arquitecto inglés Penrose.

— Se ha inaugurado un monumento erigido en honor de Byron, obra del escultor francés Chaper, que hubo de terminar Falguiere. Consiste en un grupo de mármol, compuesto de tres figuras que simbolizan la participación del gran poeta inglés en la lucha por la independencia griega. La figura de Hélide corona á Byron, junto al cual un joven griego rompe las cadenas que lo aprisionaban.

LONDRES. — La exposición que actualmente celebra el Real Instituto de Acuarelistas es la más interesante de cuantas ha organizado esta corporación. No figura en ella ninguna obra de grandes dimensiones, pero en cambio las composiciones imaginativas, las escenas de la vida inglesa y extranjera, los paisajes y las marinas ofrecen gran variedad de estilos y asuntos, habiendo entre ellas algunas de gran mérito. Merecen citarse especialmente una figura de J. Linton, trazada sobre un bellissimo fondo de paisaje; otra figura de E. J. Gregory, admirable de luz y de color, puesta sobre un fondo de exuberante vegetación; cinco estudios de H. G. Hine, dos figuras de Frank Dadd, un interior de Hugh Carter, varias escenas holandesas de Rainey, un grupo de playa de Langley, las figuras de Enrique Rheam, un grupo de chiquillos de Fidler, varias escenas rurales de Bundy, Wetherbee y White, y otras obras de Aumonier, Ingram, Macallum y Stuard Richardson.

DRESDEN. — En el Salón Arnold se ha expuesto una hermosa colección de cuadros holandeses, compuesta de 70 cuadros al óleo de 33 pintores y pintoras, y 45 acuarelas, pasteles y dibujos de 27 artistas. Todas estas obras responden al carácter del arte holandés, que es eminentemente nacional y se complace en copiar la naturaleza y las escenas sencillas é íntimas de su país, finamente observadas y con gran cariño reproducidas. Entre los nombres de los autores cuyos lienzos más han llamado la atención citanse los de Haas, Bock, Koldewey, Mesdag, Bisschop, Maris, Schwartze, Blommer y los dos Israel.

Teatros. — El director de la sociedad dramática parisiense L'Oeuvre, que ha permanecido recientemente una temporada en Cristianía, dice que el gran dramaturgo noruego Ibsen ha terminado un nuevo drama que se titula *Rita Allmers* y que es un paso hacia el misticismo más pronunciado que el que significan las últimas obras del célebre poeta.

Barcelona. — En el Liceo actúa durante esta temporada de primavera una compañía de ópera, de la que forman parte los eminentes artistas Sra. Darlé y Sr. Marconi, habiéndose cantado *Manon*, de Massenet; *Cavalleria rusticana*, y *Los Hugonotes*. En el Tivoli funciona con gran éxito la compañía Tomba, que ha cantado con aplauso, además de varias operetas, en las que Milzi, Marchetti y Poggi hacen las delicias del público, algunas óperas como *Lucia di Lammermoor*, *Cavalleria rusticana*, *Crispino e la Comare* y *Carmen*. En Rómese ha estrenado con buen éxito *La herencia del oncle Pau*, graciosa comedia en tres actos arreglada del francés por el actor Sr. Colomer. Ha sido un verdadero acontecimiento artístico y literario el estreno en Novedades de la leyenda dramática de gran espectáculo, en cuatro actos, de Angel Guimerá, *Las monjas de Sant Aymant*, con música del maestro Morera, puesta en escena con lujo y propiedad imponderables: los magníficos figurines han sido dibujados por el Sr. Labarta y las preciosas decoraciones que en número de quince se han estrenado para dicha obra son debidas á los reputados escenógrafos Soler y Roviro, Moragas y Vilumara. En el próximo número reproduciremos algunas de estas decoraciones. En el teatro Principal ha comenzado con gran éxito una serie de representaciones del eminente actor D. Antonio Vico, que de regreso de su excursión á América, ha cumplido la promesa hecha á nuestro público de que su reaparición en España sería en un teatro de Barcelona.

Neurología. — Han fallecido:

María Thornycroft, escultora inglesa, hija de Juan Francisco Thornycroft y esposa de Tomás Thornycroft, ambos célebres escultores.

Augusto Fritz, pintor alemán.

Alfredo Fripp, notable acuarelista inglés.

P. J. Bollig, segundo prefecto de la biblioteca del Vaticano.

Carlos Hertel, pintor de género de la escuela de Dusseldorf.

Enrique Jorge Hine, pintor inglés, ex vicepresidente del Instituto de Acuarelistas.

Vicente Caltañazor, célebre actor cómico, decano de los actores españoles y profesor honorario del Conservatorio de Madrid.



Déme usted las manos para que se las caliente, y acérquese más á mí

LA CABELLERA DE MAGDALENA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN RAMEAU. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONCLUSIÓN)

La joven esperaba sin duda ver al sacerdote rebelarse contra esta decisión; pero hubo de reconocer que se conformaba de muy buen grado.

— Hija mía, balbuceó, en su egoísmo de tutor inquieto que se ve libre de pronto de graves cuidados, yo no me atrevía á dirigirte por ese camino; mas puesto que le tomas por tu voluntad, apruebo tu resolución, pidiendo á Dios que te conceda el valor necesario.

Estas palabras enloquecieron á la joven en vez de

calmarla; levantóse, salió del salón y fué á encerrarse en su cuarto.

Allí sollozó durante dos horas; no quiso comer y rehusó abrir la puerta á su tutor. Tendida en su lecho, revuelto aún como le había dejado Silverio, estremecíase de angustia y de dolor.

— ¡Conque he de morir religiosa!, exclamaba. ¿Religiosa yo?

Y al pronunciar aquel *yo*, todo su cuerpo joven, ardiente y hermoso se agitaba con violencia.

— ¡Religiosa yo!, repetía, estremeciéndose. ¡No, es imposible! ¡Oh, Silverio, qué me importa que seas hermano de un asesino! ¡Aunque tú mismo fueses el asesino te querría! ¡Qué necesidad tengo yo de consultar con mis padres!

Y levantándose de pronto, presa de la mayor exaltación, abrió su ventana y saltó al jardín para ir á reunirse con su amigo.

Serían las ocho poco más ó menos; el viento, muy fuerte, soplaba del Sud; vivos resplandores ilumina-

ban á intervalos el pico del Gargos, y permitían ver, por espacio de un segundo, bajo el fondo claro del cielo, el perfil recortado de la montaña.

Jacobita atravesó el jardín del presbiterio y encaminóse hacia la gruta. Las tinieblas eran espantosas; no se podía distinguir nada á tres pasos, y la joven hubo de tocar los peldaños de granito para saber dónde estaban y esperar á que los relámpagos le mostrasen el camino.

A veces una ráfaga de viento hacía resbalar las piedras sobre las pendientes oscuras.

Jacobita llegó á la gruta.

— ¡Silverio!, gritó.

Ninguna voz contestaba; la puerta parecía entreabierta, y solamente se oían los resoplidos de *Morruído*.

— ¡Silverio!, gritó la joven otra vez.

Y entrando luego, palpó las paredes invisibles, buscando en todos los rincones; pero el hermano de Emilio no estaba allí.

— ¿Dónde habrá ido?, preguntóse. No le he visto entre los vecinos de Gargos. ¿Se habrá encerrado en la casa de su padre? ¡Sí! ¡No puede estar más que allí!

Jacobita volvió á tomar el camino del pueblo; los relámpagos la cegaban y hacían parecer más oscura la noche; la *Cabellera de Magdalena*, desplegada por el viento, enviaba chorros de agua hasta el pórtico de la iglesia, y uno de ellos azotó el rostro de Jacobita, helándole la nuca. Los habitantes del caserío dormían; no se veía en la calle ni una sola persona, ni luz alguna en las cabañas; tan sólo en el presbiterio divisábase como un rectángulo amarillo en el piso bajo: el sacerdote velaba aún.

La joven avanzó por la calle hasta llegar á la casa de los Montguillem; la puerta principal estaba cerrada, mas por la parte de Aigues-Vives veíase la puerta del establo abierta.

Entró y no vió nada; todos los rincones estaban oscuros y silenciosos.

Entonces comenzó á dar vueltas alrededor de la cabaña, esperando que Francisco Montguillem ó su hijo se presentarían muy pronto; mas ninguno de ellos llegó.

Jacobita comenzaba á tener miedo; corrió hacia los senderos, aventuróse bajo los pinabetes, cuyas copas azotaba el viento; y de improviso, al resplandor de un relámpago, divisó á Silverio de pie en una roca: era una brusca imagen, una silueta dura como un recorte de plomo bajo el fondo claro del cielo.

— ¡Silverio!, gritó la joven, dirigiéndose hacia la roca.

Y pocos segundos después hallábase á los pies de su amigo.

— ¡Oh, qué inquietud me ha causado usted!, exclamó. Media hora hace que lo busco. ¿Qué hace usted aquí?

— Espero á mi padre.

— ¿Dónde está?

— En el prado. Debo volver esta noche á Gargos con su rebaño, y quiero estar á su lado antes de que sepa la detención de Emilio. ¡Con tal que no le den la noticia antes de llegar á casa! ¿Qué dirá? ¡Este golpe será su muerte!

Silverio prestaba atento oído por la parte de la montaña de Praderes.

— Escuche usted, señorita, dijo. ¿No oye usted resonar las campanillas del rebaño? ¿No será la más sonora la de nuestro asno *Bigorre*?

Pero el viento producía demasiado ruido en los árboles para que fuese posible distinguir el sonido de las campanillas.

— ¿A qué ha venido usted aquí, señorita?, preguntó entonces Silverio. ¿Acaso no me aborrece? ¿Aún se digna acercarse á un Montguillem?

— ¡Oh, Silverio!, contestó la joven. Vengo para anunciar á usted, por el contrario, que no le abandonaré. Nos amamos, y si los parientes se oponen á nuestro matrimonio, prescindamos de su permiso. Vamos á vivir lejos de aquí, en algún pueblo ignorado, donde seremos felices. ¡Ven, Silverio mío, vamos á buscar á tu padre, consolémosle, pidámosle su consentimiento y su bendición y salgamos del país esta misma noche!

Y Silverio siguió á la joven suavemente, cerrando los ojos en la noche sombría, dócil y feliz, encadenado por aquellos brazos de virgen amante como por una guirnalda de rosas.

— ¡Oh, no!, balbuceó de repente, al llegar á los senderos y al sitio en que su hermano había matado á Laroque. No; sería otro crimen... ¡No quiero!

— ¡Silverio!

— ¡No quiero! ¡Váyase usted, pues si volviesen á encontrarnos, yo también iría á la cárcel!. ¡No quiero, ni debo! Amo á usted demasiado para darla un nombre envilecido, para amargar toda su existencia. ¡Adiós!

Y Silverio se desasía de los brazos de la joven.

— ¡Silverio! ¿Será, pues, preciso que yo muera?

— ¡No morirá usted! Dios permitirá que sea una esposa feliz, y una madre honrada y orgullosa del nombre de sus hijos. Bien ve usted que tengo razón; y hasta diré que si fuese usted mayor de edad, tendría la fuerza necesaria para rehusar su mano ahora. No debo aceptar aunque su tutor me la ofreciese; es mi deber, y puesto que soy hermano de un asesino, este deber ha de anteponerse á todo. ¡Adiós, señorita, separémonos, y no me compadezca usted! He tenido mi parte de felicidad, y usted me ha dado cien veces más de la que merecía un joven tan desgraciado como yo. ¡He sido amado durante tres meses, y este recuerdo endulzará toda mi vida!

La joven seguía sollozando, y al fin exclamó:

— ¿Por qué no tendré yo también un nombre deshonrado? ¡Tal vez así no me rechazases! ¡Oh! ¡Esto es terrible! Me vuelvo loca, me haces perder el sentido moral, y hasta creo que quisiera haber cometido un crimen, puesto que es el único medio de ser digna de ti. Y por tus palabras me arrepiento ahora de haber sido virtuosa y honrada, y de no haber robado y asesinado como tu hermano Emilio.

— ¡Mi hermano no es tan infame como usted cree, señorita, ni tiene más responsabilidad que el arma de que hizo uso. Si él es quien hirió, otro fué quien preparó el golpe.

— ¿Quién?

— ¡El Sr. Roumigas!

— ¿El Sr. Roumigas? ¿Por qué?

— Para impedir nuestro matrimonio.

— ¡Me espanta usted! ¿El Sr. Roumigas habría hecho eso? ¿Cómo se hubiera arreglado?

— Dijo á mi hermano enfermo que Laroque le había dado su enfermedad, y manifestóle que si deseaba conservar la vida debía suprimir aquel hombre. ¡He aquí por qué mi hermano fué asesino; y el infeliz no creyó cometer un crimen, pues imaginábase que aseguraba su salvación. El verdadero criminal es Roumigas, ¡y ese miserable debía ser el suegro de usted!

Jacobita se estremeció.

— ¿Podía usted probarme eso?, preguntó bruscamente.

Silverio movió la cabeza.

— Muy difícil es, contestó, luchar contra semejante bribón, porque esa gente lo prevé todo. He tratado de interrogar á mi hermano sobre sus entrevistas con Roumigas, y se enfureció al punto, injurióme y me prohibió hablar de eso, sospechando, ¡pobre inocente!, que yo deseaba su muerte; pero he comprendido muy bien que Roumigas le había impuesto el secreto de toda esa historia, amenazándole con las mayores calamidades. Emilio es ignorante y supersticioso; no dirá nada á los jueces, ni siquiera al confesor; y aun se llamará cuando su cabeza esté bajo la cuchilla de la guillotina. He aquí por qué no se podrá producir nunca la prueba más convincente; pero todas las presunciones existen. Sé que Roumigas ha dado consultas á mi hermano enfermo, y no ignoro que preveía el crimen, puesto que se arregló de modo para ver cómo lo cometía.

— ¡Cómo! ¿El Sr. Roumigas ha visto?..

— Sí, ha visto á mi hermano matar á Laroque.

— ¿Está usted seguro?

— ¿Que si estoy seguro? El mismo Roumigas me lo confesó al día siguiente.

— ¿Es posible? ¿Le confesó á usted eso? ¿Y por qué?

— ¡Pardiez!, para impedir que me casase con usted.

Me ha probado que había visto cometer el crimen; que sabía dónde estaba el arma de que el asesino se sirvió, y que le bastaría decir una palabra para hacer caer la cabeza de mi hermano. Después me aconsejó que renunciase á usted, porque usted era su prima lejana, y no podía permitir que una mujer de su familia se uniese con un asesino. ¡Hé aquí el secreto de mi conducta con usted, señorita; he aquí por qué la abandoné después de solicitar su mano, y por qué fingí no amarla ya, ausentándome después de Gargos! Si he vuelto, fué por haber creído que ya estaría usted casada, pues habíala visto en Luchón dando el brazo á Gastón Roumigas... En fin, he aquí por qué cuando supe que usted había despedido á ese enamorado, le supliqué que fuese á pedir perdón á su padre; presentía que la venganza de éste no se haría esperar, y usted ha visto como se ha dado prisa á denunciar á Emilio. ¡Si usted y yo hemos sufrido tanto, es por culpa de ese hombre; si Laroque ha muerto, es por causa de él también; si mi hermano es condenado, si mi padre sucumbe de pesar y si todos nosotros quedamos envilecidos, también será por culpa de Roumigas! Y seguramente nada podrán hacerle, ni probarle nada, porque Emilio temería volver á ser presa de los demonios si le comprometiera. ¡Ah! El miserable ha merecido veinte veces la muerte, y sería muy justo imponérsela por castigo.

Silverio calló; las campanillas de un rebaño resonaban cadenciosamente en la cuesta del Gargos.

— ¡Mi padre llega exclamó, ya está ahí! ¡Ah! ¡Cómo decirle!..

Y corrió al encuentro del anciano pastor.

Jacobita se quedó sola. Sofocada de indignación, recordó todos sus padecimientos, pensando en las angustias de sus amigos. Parecíale ver la sangre vertida en aquellas piedras; recordaba que la de Emilio podrá enrojecer muy pronto la plaza de Tarbes, y sus dientes rechinaron de cólera y de odio.

— ¡Cómo!, exclamó. ¿Y no se castigaría al que ha sido causa de todo esto? ¡Vamos, esto no puede ser!

Y se precipitó hacia el pueblo, sedienta de venganza; era preciso que se hiciese justicia.

— ¡Voy á matar á Roumigas!, se dijo la intrépida Jacobita.

Volvió corriendo al caserío, entró en su casa, penetró en la habitación del sacerdote, y del cajón de la mesa de noche sacó un revólver cargado.

— ¡Ah, santos ángeles!, exclamó Poupotte. ¿Es usted, señorita? El señor cura la busca por todas partes, y ahora creo que está en la gruta.

Pero la joven no escuchaba á la cocinera, pues había salido ya, y Poupotte la vió correr á través del jardín.

— ¿Adónde va usted, señorita?..

Pero no obtuvo contestación.

Jacobita llegaba á la iglesia.

— ¡Sí, voy á matarle, decíase; voy á matarle en su misma cama! ¡Ya me abrirán!

La joven no sentía el suelo bajo sus pies, porque todo su ser se estremecía de furor.

El viento no soplabá ya; la cascada no le enviaba más que una bruma helada, que refrescó su frente; pero los relámpagos seguían rasgando las sombras, y comenzábase á oír el fragor del trueno.

— ¡Voy á matarle, repetíase Jacobita; voy á ser una criminal yo también, y Silverio no tendrá motivo para rehusar mi mano!

La joven disminuyó la velocidad de su carrera para preparar el revólver; pero el frío del cañón la espantó; y como un relámpago le permitiese ver el jardín de Roumigas muy próximo, sintió que su valor se debilitaba.

— ¡Oh!, se dijo. ¿Y también yo haré correr la sangre?

Sus piernas se paralizaban, y ya no podía correr; pensaba en aquella cabeza blanca á que sería preciso apuntar, y sus manos estremecidas querían rechazar el revólver.

— ¿Por qué no soy yo más que una débil mujer?, murmuró. ¿Por qué me han educado en el horror al crimen?

Y una reflexión repentina la impidió avanzar.

— Pero si yo matase á ese hombre, díjose, me detendrían, me llevarían á la cárcel, y ya no me sería posible ver á Silverio... ¡En vez de reunirnos, este crimen levantaría una barrera entre nosotros!

Jacobita fué á sentarse en una roca, y lloró su impotencia; nada se podía hacer; era preciso renunciar á imponer á Roumigas el castigo que merecía. ¡El monstruo seguiría viviendo para vigilar sus cerezas!

— ¡Ah, tus cerezas!, murmuró. ¡Espera, yo te las arreglaré un poco!

Y animada del despecho de no poder hacer fuego contra el propietario, la joven descargó su revólver contra el cerezo, exclamando:

— ¡Toma, toma, toma!

Todos los tiros resonaron; fué una magnífica descarga cerrada, que el trueno pareció prolongar aún, y algunas ramas del árbol crujiéron, heridas por los proyectiles.

En el mismo instante brilló un relámpago, y Jacobita retrocedió, poseída de horror.

— ¡Oh! ¿Qué veo allí se dijo, qué acabo de ver bajo ese árbol?

La joven tembló y permaneció inmóvil, esperando con ansiedad otro relámpago; cuando éste rasgó las tinieblas de la noche, Jacobita profirió un grito.

— ¡Le he matado!, exclamó.

Acababa de ver á Roumigas al pie del cerezo, á Roumigas, que yacía inerte sobre la hierba.

— ¡Le he matado; una de mis balas ha debido tocarle!.. ¿Qué haría ahí? ¡Oh, qué espantosa casualidad!

El corazón de Jacobita se oprimió, y parecióle que iba á desmayarse. Quiso dudar un momento; mas aún tenía ante los ojos aquella lúgubre visión, un hombre tendido al pie del árbol é inerte, un hombre con botas y faja encarnada.

Jacobita huyó fuera de sí, gritando, y volvió á tomar la dirección del pueblo; en la orilla de la cascada encontró una persona: era el padre Bordes, que se acercaba presuroso.

— ¡Ah! ¿Eres tú, Jacobita? ¡Al fin! ¿Dónde estabas? ¿Qué hacías?

— ¡Le he matado!, contestó la joven con exaltación.

— ¿A quién?

— ¡Al Sr. Roumigas! ¡Le he matado en su jardín!

¡Oh, es horrible!

El eclesiástico quedó aturdido.

— ¡Qué estás diciendo!, repuso. ¿Has perdido el juicio? ¿Tú has matado á Roumigas, tú?

— ¡Sí, yo! ¡Le disparé todos los tiros, y le herí sin apuntar! ¡Ya no se mueve! ¡Venga usted á verlo por sus propios ojos, padrino! ¡Oh! ¡Si pudiera haberme engañado, si Dios permitiera que fuese una ilusión!

Y cogiendo á su tutor de una mano, la joven le condujo hacia el jardín de Roumigas. Muy pronto estuvieron delante de la puerta.

— ¡Esperemos un relámpago, dijo Jacobita; el cadáver está allí, muy cerca de nosotros!

Permanecieron inmóviles, cogidos siempre de la mano, temblando y sin respirar apenas.

— ¡Ah!

Ambos retrocedieron, profiriendo un grito.

A la luz de un relámpago acababan de ver el cadáver. ¡Era efectivamente Roumigas! El padre Bordes reconoció sus facciones arrugadas. ¡Qué cara tan diabólica! ¡Cómo debía haber sufrido!

— ¡Ah, desgraciada!, exclamó el sacerdote. ¿Qué has hecho?

— ¡Perdón, padrino!

— ¿Y estás segura que has sido tíf?

— ¡Sí, yo, con el revólver de usted! Ya verá que está descargado.

— ¡Señor, qué desgracia!.. ¡Huyamos! ¡Deben haber oído las detonaciones! ¡Vámonos pronto! ¡Qué abismo has abierto á nuestros pies!

Los dos huyeron.

— ¡Señor, murmuraba aún el sacerdote, levantándose la sotana para evitar una caída, Señor, qué oprobio á mi edad!..

Pero su voz se debilitaba; no podía hablar ya, y sus dientes castañeteaban cuando llegó al pueblo; pensaba en los gendarmes, en la prisión, en el presidio, en la deshonra de su familia...

De vuelta al presbiterio, se dejó caer en el canapé del salón, y su mano buscó maquinalmente la tabaquera en el fondo del bolsillo.

Mas de pronto se irguió.

— ¡Es preciso marchar, exclamó, ganar al punto la frontera!.. ¡Ah, hija mía, me moriría de vergüenza si te viese entre dos gendarmes, como he visto á Montguillem antes!.. ¡Partir, pasar inmediatamente á España! ¡El juez lo sabrá todo mañana!

Y apelando al saludable polvo de rapé, añadió:

— ¡Qué aventura, qué aventura!..

Jacobita se había arrodillado delante de su padrino, y pedía perdón con acento de súplica; pero el sacerdote recobraba ya toda su lucidez.

— Ya me pedirás perdón otra vez, desgraciada, dijo; ahora no hay que pensar más que en la fuga. ¡Coge tu toca y ponte el mantón! ¡Voy á confiarte á Silverio!

— ¡A Silverio, padrino!

— ¡Es claro! Solamente él es capaz de conducirte á esta hora á España por caminos seguros. En cuanto á lo demás, tanto valéis ahora el uno como el otro, y podéis casaros si aún lo deseáis... ¡Señor, qué aventura!

Pero Jacobita saltaba de gozo al ponerse el manto y la toca.

— ¡Cómo! ¿Es verdad que usted consiente, padrino?.. ¡Ah, qué bueno es usted!, añadió abrazándole.

¿Qué le importaba el cadáver con botas de Roumigas? ¡Ya no pensaba en ello! No podía tener remordimientos por un acto que producía resultados tan maravillosos.

— ¡Pronto, pronto!, dijo apresurándose. ¡Marchemos, vamos á buscar á Silverio!

Los dos salieron sin ruido.

— Por aquí, ordenó el padre Bordes, dirigiéndose hacia la izquierda; está en casa de su padre; acabo de verle, y yo creí que estabas con ellos. ¡Chist, ten prudencia, anda de puntillas!..

En pocos segundos llegaron á la cabaña de los Montguillem, y Jacobita volvió á ver á Silverio menos con el terror de una criminal que con la embriaguez de una esposa.

— ¡He matado á Roumigas, dijo sonriendo; venga usted pronto! Mi padrino consiente en nuestro matrimonio; pero es preciso salir de Francia.

El sacerdote confirmó estas palabras, y Silverio manifestó su alegría.

— ¿Es verdad, murmuró, que usted ha matado á Roumigas? ¡Oh, qué buena es usted!.. Abrace usted á mi padre, que tan afligido está, y dígame que ha vengado á Emilio.

— ¡Buenas noches, papá!, balbuceó la joven, estampando un beso en la frente del anciano.

Pero el padre Bordes se impacientaba.

— ¿Queréis que os detengan en la frontera, hijos míos?, exclamó. ¡Por favor, marchaos pronto, sin perder un minuto! Lleva el mulo, Silverio, porque Jacobita se cansará muy pronto. ¡Acompáñeos Dios!.. ¡Ah, qué aventura! ¡Todos los Bordes se ven ahora deshonrados por el acto de esa locuela! ¡Si al menos no hubiese testigos, y nadie más que nosotros supiera quién ha disparado los tiros contra Roumigas! ¡El honor de la familia se salvaría!.. No diga usted nada de esto, Montguillem... ¿Lo jura usted? Y vosotros, hijos míos, sed mudos; idos sin ruido y no paséis por el pueblo, porque esos tiros de revolver habrán despertado á la gente. ¡Sin duda han descubierto ya el cadáver!.. Pasad á España antes de que amanezca; aún no se habrán corrido los partes, y os dejarán pasar... ¡Vamos, tal vez se haya perdido solamente mi ahijada! ¡Hazla feliz, Silverio!.. ¡He aquí mi bolsa!.. Ya os enviaré mi dinero... ¡Escribidme, y sobre todo no cometáis imprudencias!.. Yo iré á casaros en España uno de estos días. ¡Tened un poco de paciencia, tunantes! ¡Ah, Señor, estas emociones me quebran-tan!.. ¿Quiere usted un polvo, papá Francisco?, añadió, presentando su tabaquera.

Los enamorados estaban ya lejos.

X

Los relámpagos no menudeaban ya; el trueno no se oía más que como un lejano rumor, y el viento había cesado completamente.

Silverio y Jacobita ganaron la gruta, dando la vuelta al pueblo; ensillaron al mulo en dos minutos, la joven montó, y el guía, embozado en su capote, tomó la delantera en dirección á España.

No quiso seguir el camino ordinario, á fin de evitar el caserío y la casa de Roumigas; pero cuando estuvo á un kilómetro de distancia en la vertiente oriental del Gargos, volvió á bajar bruscamente hacia la izquierda y tomó el camino de herradura á lo largo del arroyo de Ribenac.

— ¡Estamos salvados!, dijo á Jacobita. Nadie ha podido vernos. Cójase usted bien, porque voy á poner á *Morrudo* al trote.

Y tocando ligeramente con el ronzal las ancas del cuadrúpedo, éste se lanzó al momento y el guía corrió á su lado.

¡Oh, qué oscura estaba la noche y qué agradable era aquella fuga tan fatigosa! ¡Jacobita era suya para siempre, y Roumigas no podía hacer ya nada.

La felicidad le enloquecía.

— ¡Iremos á establecernos en Panticosa, dijo; es un agradable centro de excursiones, y ganaré bastante para vivir con mi oficio de guía. ¡Seremos muy felices, Jacobita!

Cuando llegaron al valle de Ossone, algunas gotas de lluvia humedecieron á los jóvenes.

— Apresurémonos, dijo Silverio. Se necesita todavía una hora para llegar á España; debemos pasar por un desfiladero que está á 2.600 metros de altura, y si aquí llueve, podría nevar allá.

Morrudo emprendió otra vez el trote; muy pronto la lluvia pareció más fría; un momento después empezó á granizar, y luego comenzó á caer la nieve silenciosa.

— ¿No llegamos nunca á ese desfiladero?, preguntó Jacobita con voz inquieta.

— ¡Aún no; apresurémonos!

Pero por más que golpease á *Morrudo*, el animal resbalaba á cada paso en la nieve.

Diez veces temió la joven una caída.

— ¡Oh, Dios mío!, exclamó Silverio, será necesario apear-se. ¿Nevará acaso toda la noche?

El mulo no avanzaba ya; Jacobita se apeó temblorosa y apoyóse en el hombro del guía. Dieron algunos pasos más, encorvándose bajo las ráfagas de nieve, y *Morrudo* siguió con las orejas muy bajas.

— ¡Y ni una granja, ni una gruta; nada!, exclamó Silverio. Vamos á quedar bloqueados.

Brilló un relámpago, y por todas partes se vieron las montañas blancas.

Jacobita tiritaba á pesar de su mantón, y durante cinco minutos avanzaron penosamente y silenciosos; pero el guía no encontraba ya el camino; todos los barrancos estaban colmados, y á cada paso podían hundirse en alguna grieta.

De pronto vieron una roca inclinada junto á ellos.

— ¡Vamos por allí, dijo Silverio; la roca protege el suelo por ese lado, y podremos resguardarnos un momento.

Ganaron aquel refugio, y cuando Jacobita vió bajo la enorme roca un poco de tierra negra, que la nieve no alcanzaba, dejóse caer sin despegar los labios.

Estaba embotada por el frío, y no sentía ni pensaba ya en nada; apoyando la cabeza en las rodillas de Silverio, solamente quería dormir.

El montañés la cubrió con su capote de lana.

— ¡No se duerma usted, Jacobita, dijo, porque sería peligroso! Déme usted las manos para que las caliente, y acérquese más á mí. Muy pronto será de día, la nieve se derretirá, como espero, y proseguiremos nuestro camino.

Al cabo de un rato la joven se reanimó un poco.

— ¡Silverio!, murmuró dulcemente, acercándose á su amigo.

Era un amor nuevo lo que experimentaban, un amor atenuado y puro como las montañas vecinas, un amor en que el cuerpo, deprimido por el frío de las altas regiones, no dominaba ya, y en que el alma soberana se cernía libremente en el aire ligero de las cumbres sin ninguna traba terrestre á sus imaculadas alas.

— ¡Silverio!

Era la voluptuosidad de los angeles, era una calma profunda en lo más recóndito del ser, un éxtasis de los antiguos amantes sin nada de terrenal.

No debían pensar en la muerte, porque la naturaleza no quiere que los espíritus sanos se ocupen de ella; pero si la nieve los hubiera cubierto bajo aquella roca solitaria, habrían expirado sin sentimiento, en brazos uno de otro, silenciosos y castos, felices porque desaparecían en medio de todas aquellas blancuras, que al derretirse en abril descubrirían sus cuerpos cuyas cenizas esparciría el viento por aquellas montañas.

Sus manos se estrechaban siempre, y sus ojos, impregnados de una deliciosa melancolía, miraban la naciente aurora, blanca como las montañas.

Ya no nevaba, el viento se había calmado, y apenas veían á intervalos una ráfaga que levantaba en el suelo algunos copos de nieve, ligeros como las plumas.

Reinaba el más religioso silencio; todos los mantañales dormían bajo la nieve; ningún ser viviente, ni ave, ni insecto, ni larva, turbaban la inmovilidad serena de los montes. Silverio y Jacobita no se atrevían apenas á respirar.

El sol pareció salir sobre un país muerto, y así debe iluminar los planetas del espacio. Los jóvenes le veían ascender entre dos cimas, y no pensaban ya en huir, sino que permanecían inmóviles como las piedras que se hallaban alrededor. La inercia de las cosas se apoderaba de ellos poco á poco.

Pero *Morrudo*, olvidando menos fácilmente sus funciones de animal, agitábase casi tanto como un mulo ordinario, y la gravedad del paisaje no le imponía. En un momento dado enderezó las orejas de una manera singular hacia el Nordeste, y hasta produjo un relincho irrespetuoso que los ecos de aquella soledad repitieron con estupor.

El mulo tenía sus razones para proceder así: acababa de divisar una mula negra en medio de aquella extensión blanca, una mula negra que llevaba un hombre negro; y precediendo á este grupo iban dos individuos más ó menos rojizos. *Morrudo* no pudo menos de relinchar otra vez alegremente al ver llegar á la pequeña caravana, y quiso significar á su amo que iba á suceder algo extraordinario; pero el guía estaba distraído al parecer, y el mulo contempló el espectáculo para sí solo con sus grandes ojos de cuadrúpedo pensativo. Muy pronto se percibió un sonido, y el animal tendió las orejas.

Una voz había resonado en el desierto blanco.

— ¡Eh, Jacobita! ¿Estás ahí?

Los ecos repitieron este llamamiento á todas las montañas.

— ¡Eh, Jacobita!

Entonces los jóvenes se estremecieron.

— ¡Escuche usted!, dijo Silverio.

Dos minutos después, la misma voz repitió con mucha más claridad.

— ¡Eh, Jacobita!.. ¡Eh, Silverio!, ¿me oís?

— ¡Es el padre Bordes!, balbuceó el guía levantándose. ¿Por qué nos buscará?

— ¡Eh, eh!

— ¡Por aquí!, gritó otra voz, que Silverio reconoció como la del guía Couquerot. Veo sus huellas en la nieve, y no pueden estar muy lejos.

— ¡Con tal que no venga á retirar su consentimiento!, dijo Silverio á su amigo.

Pero la joven no oía al parecer; indiferente á todo, seguía mirando con ojos distraídos el sol pálido entre las cimas blancas.

— ¡Eh, Jacobita!

Esta vez se oía muy próxima la voz, y *Morrudo* creyó de su deber contestar ruidosamente, levantando la cabeza con energía.

— ¡Ahí están, gritó Couquerot; los ves bajo aquella roca! ¡Por aquí!

Los jóvenes divisaron al padre Bordes, que con el cuello envuelto en un enorme tapabocas, llegaba pesadamente montado en su mula. Con la mano iz-

quiera sostenía una poderosa linterna, que en su emoción de turista, á pesar suyo, se le había olvidado apagar al salir el sol; acompañábanle dos guías, Couquerot y Leon Bielle.

— ¡Eh, Jacobita, exclamó, al fin te encuentro! ¿No podías contestar antes? Y tú también, Montguillem, que dejas á las personas enronquecerse sin dar señales de vida... ¡Ah! Seguramente hubiera perdido la voz... ¡Jacobita, hija mía, abrázame, porque no le has matado! No era el Sr. Roumigas, sino su diabólico espantajo, un maniquí con botas y faja encarnada, que se le parecía mucho. El viento hizo caer aquel armatoste del cerezo. ¿Comprendes ahora?..



Jacobita y Silverio

¡A mis brazos, hija mía, y volvamos tranquilamente á casa! ¡Ah, Señor, estas emociones me matan! Tengo los pies helados...

Y el sacerdote, sacando un frasco del bolsillo, y fija la vista en el cielo, bebió algunos tragos de coñac rancio.

Jacobita había escuchado estas explicaciones sin manifestar mucha sorpresa.

— ¡Ah! ¿De veras?, repuso con voz tranquila. ¿Conque era un maniquí? ¡Pues entonces no he matado á nadie! ¡Tanto mejor!

— ¡Hola!, exclamó el eclesiástico, á quien el coñac había reanimado un poco, paréceme que esto no te extraña, picarilla. ¿Será eso una jugarreta? ¿Habráis querido acaso burlaros de mí para arrancarme el consentimiento? ¡Ah, bribones!

— ¡Oh, padrino, no piense usted semejante cosa! He sido sincera, pregúnteselo á Silverio... ¿No es verdad, Silverio, que tú no sabías nada tampoco?..

El padre Bordes dió un salto.

— ¡Ah, Señor, exclamó asombrado, ya se tutean!

Y volviendo la brida de su montura añadió:

— ¡Escuchad: os he dado mi consentimiento, y no le retiro! La palabra del padre Bordes... No ha sido poca suerte para vosotros que anoche soplara el viento... ¿Quieres coñac, Jacobita, y tú también, Silverio? ¡Parece que los dos estáis dormidos; bebed, que esto os reavivará!. Hasta yo voy á tomar una gotita más... ¡Me matáis, hijos míos!

La caravana volvió á bajar hacia el Gargos.

Bajo el sol radiante, las montañas parecían revestidas de todas sus galas.

Emilio Montguillem murió pocos días después de su detención, por efecto de la tuberculosis, según los médicos; por causa del maleficio de Laroque, según los montañeses.

Aquel duelo retardó algunos meses el matrimonio de Silverio y Jacobita; pero en la primavera, cuando los aludes del pico de Gargos hubieron rodado á través del pueblo, el padre Bordes bendijo la unión de su ahijada con el propietario de la *Cabellera de Magdalena*, en la pequeña iglesia ruinosa, con sus brechas un poco ensanchadas y sus baldosas más cubiertas de hierba. Poupotte tocó la campana con vigor; Augusto sirvió la misa con mucho aparato; habíase preparado hacía largo tiempo, y no se equivocó en el *Suscipiat*, ni tampoco en la *Elevación*.

Detrás de los esposos hallábanse algunos parientes, entre ellos Francisco Montguillem, el anciano pastor, cuyo rebaño, marcado de azul, había llegado

la antevíspera de Pontacq; el doctor Enrique Bordes, y el médico bien conocido de Aigues-Vives. Junto á ellos se alineaban, luciendo sus trajes del día de fiesta, casi todos los habitantes del Gargos.

La cabra de Cojola, acostumbrada concurrente al santo lugar, se arriesgó á mostrar su cabeza curiosa por la brecha de la capilla; pero se turbó mucho ante un público tan brillante, y alejóse sin que fuera necesario espantarla.

Antonio Roumigas no formaba parte del cortejo. Había manifestado la más violenta indignación al saber que el padre Bordes concedía la mano de Jacobita á Silverio Montguillem.

— ¡Cómo!, había exclamado. ¡Un individuo del clero hace alianza con el hermano de un asesino! ¡Esa gente deshonorará á mi familia!

Y habíase apresurado á salir de Gargos, donde temía, por lo demás, que los nuevos esposos, ayudados de su tío, el doctor Enrique Bordes, le hicieran difícil la existencia después del asunto Laroque Montguillem.

Volvió á Salvatierra del Bearn, su pueblo natal, donde un senador de la región, que temía á los brujos sin duda, influyó para que le concedieran un estanco.

En el pico de Gargos, en medio de los Pirineos, blancos y azulados, los turistas actuales observan una cruz de mármol, que en cumplimiento de su voto mandó erigir Silverio.

Algunas semanas después de la boda, el padre Bordes supo de boca de los recién casados la historia verídica de la desviación de la cascada, que tanto le conmoviera el año anterior.

— ¡Ah, bandido!, exclamó volviéndose hacia Silverio. ¿Conque eras tú?

Y temió sufrir un ataque de apoplejía.

— ¡Advierta usted que se la hemos devuelto, tío!, repuso Jacobita sonriendo. ¡Vamos, dé usted la absolución á su sobrino, pues se ha hecho bien merecedor de ella!..

Aquella fué la última emoción del eclesiástico.

Libre para lo sucesivo de las agitaciones de este mundo, ha vuelto á montar su torno hidráulico junto á la nueva cascada, y sigue construyendo hueveras en medio de las hermosas montañas, que nunca mira.

TRADUCCIÓN DE E. I. VERNEUIL.

SECCIÓN CIENTÍFICA

FERROCARRIL AÉREO DE MEIGS

El conocido proverbio «El tiempo es oro» caracteriza una de las fases esenciales de la vida social de los Estados Unidos y expresa en cuánto estima el norteamericano el tiempo y hasta qué punto resultan para él secundarios otros factores de la existencia con aquél comparados. De aquí que cuando de ahorrar tiempo se trata, el americano prescinde de muchas cosas que para los europeos son de gran importancia.

Resultado típico de esto son los ferrocarriles aéreos que en muchas ciudades de los Estados Unidos facilitan, desde hace muchos años, el tráfico y que ciertamente no contribuyen al embellecimiento de la población. Pero así como en Europa, al discutirse sobre ferrocarriles análogos proyectados en algunas pobla-

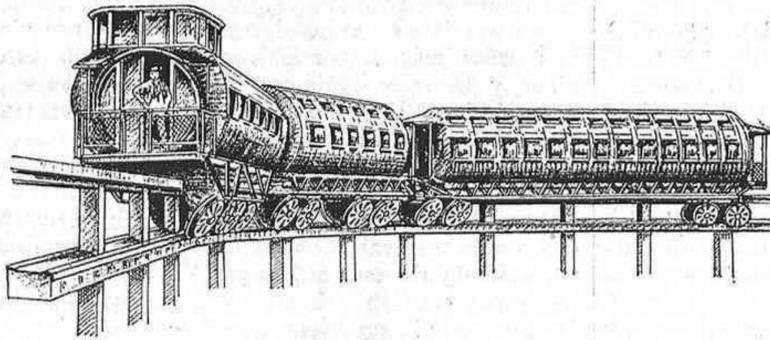


Fig. 1. — Ferrocarril aéreo de Meigs

ciones, lo primero que se pregunta es «¿Qué aspecto ofrecerá nuestra ciudad?», en América las consideraciones estéticas ceden ante la utilidad práctica, y lo único que allí se averigua es el tiempo que podrá ganarse con el tal sistema. Estos dos puntos de vista caracterizan dos modos de ser enteramente opuestos, pero ambos por igual exagerados. La facilidad y la rapidez de comunicaciones tienen tanta importancia

para una gran ciudad, que bien merecen se haga por ellas algún sacrificio; por otra parte, el sentimiento estético representa un papel tan importante en la vida humana, que también es digno de ser tenido en cuenta: dar á uno de estos factores preferencia sobre el otro es un error lamentable; ambos deben ser atendidos armoniosamente, y bueno sería que, haciéndolo así, los europeos pensasen un poco más á la americana y los americanos un poco más á la europea, con lo cual las grandes ciudades de Europa tendrían mejores medios de comunicación y las poblaciones de los Estados Unidos un aspecto más elegante.

Convencidos los yankees de que los ferrocarriles aéreos les facilitaban grandemente el tráfico y les ahorran mucho tiempo, no vacilaron en sacrificar á ellos sus mejores calles: consecuencia de ello ha sido que muchas de estas calles estén hoy completamente desfiguradas; pero en cambio tales ciudades disponen de los mejores medios de comunicación. A pesar de esta última ventaja, aun los europeos más partidarios de la facilidad del tráfico no pueden menos de experimentar á la vista de esas poblaciones un sentimiento de disgusto: al contemplar el espectáculo que en ellas á sus ojos se ofrece, siéntense como en presencia de la repugnante imagen de un Moloch á la moderna, no como aquel dios de los cananeos para aplacar cuya cólera se sacrificaba lo que más se estima en un estado monárquico, el primogénito del rey, sino el ídolo de la ambición y de la sed de ganancias, ante cuyos altares se inmolan los bienes ideales de la humanidad.

Se han hecho, sin embargo, en América algunos esfuerzos para armonizar las exigencias del tráfico con las aspiraciones estéticas, y son varias las ciudades norteamericanas que se resisten hace tiempo á introducir el sistema de ferrocarriles aéreos: una de las que más han resistido es Boston, cuyas autoridades, empero, han acordado recientemente la introducción de un sistema de ferrocarriles aéreos distinto del generalmente utilizado y que afea las calles menos que los ordinarios, el del capitán J. V. Meigs que, después de quince años de lucha, no tardará en ver, según parece, planteado su invento.

Una vez demostrada prácticamente, en un trecho de prueba, la bondad de su ferrocarril, el capitán Meigs ha podido conseguir que el Congreso del estado de Massachussets diera una ley por virtud de la que en Boston sólo podrán construirse ferrocarriles aéreos de su sistema, acerca de los cuales vamos á dar á continuación algunos detalles.

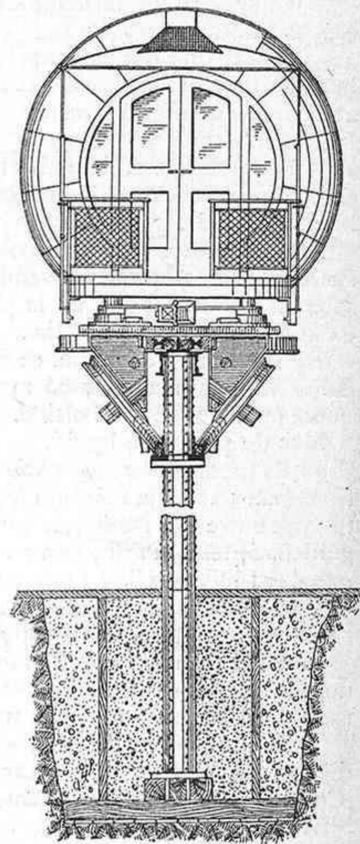


Fig. 2. — Sección del ferrocarril aéreo de Meigs

El principal inconveniente que ofrecen los ferrocarriles aéreos ordinarios es el de que su ancha vía con sus planchas cubre la calle, siendo causa de que las tiendas y pisos bajos resulten oscuros y por ende de menos valor: otro de sus inconvenientes es que con ellos se afea el aspecto arquitectónico de la calle. Meigs ha querido remediar estos dos inconvenientes construyendo un ferrocarril que aparentemente sólo consta de una vía, aunque en realidad está formado por dos, una encima de otra, sostenidas por columnas: de este modo se quita menos luz á los edificios y se perjudica menos la belleza arquitectónica de la calle.

La figura 1 representa el ferrocarril de Meigs con un tren compuesto de tres vagones, de los que el primero es la locomotora. De las dos vías sólo sostiene el tren la inferior en la que encajan las ruedas inclinadas: contra la superior, que como la otra tiene dos rieles, se aprietan dos ruedas horizontales por medio

de una prensa hidráulica, las cuales ruedas impiden que el vagón vuelque, y sirven de ruedas motrices, puesto que ellas son las que reciben el impulso de la máquina.

Los principales detalles de la construcción pueden verse en las figuras 2 y 3, que están tomadas del trozo de ferrocarril construido como prueba. Este trozo se construyó de madera; pero este material en la construcción definitiva sólo se utilizará en las afueras de las ciudades, pues dentro de éstas únicamente se empleará el acero y el hierro.

En dicha construcción definitiva, los soportes y las vigas-guías estarán unidas por un enrejado para que aquella tenga mayor consistencia: las columnas plantadas á distancias que variarán entre 4 y 14 metros, tendrán 7'50 metros de longitud, de ellos 1'80 debajo de tierra, y su altura, hasta los soportes, será de 4'30; de suerte que por debajo de la vía podrá hacerse cómodamente el tráfico normal. La distancia entre las dos vigas es de algo más de un metro; la anchura horizontal de la vía superior de unos 43 centímetros y la de la inferior de unos 53; de modo que esta construcción levantada encima de la acera á ambos lados de la calle, si no embellecerá ésta, tampoco la afeará gran cosa.

En la figura 3 están reproducidas la parte superior del cuerpo de la vía y la inferior del juego de ruedas de la locomotora. El vagón está sostenido únicamente

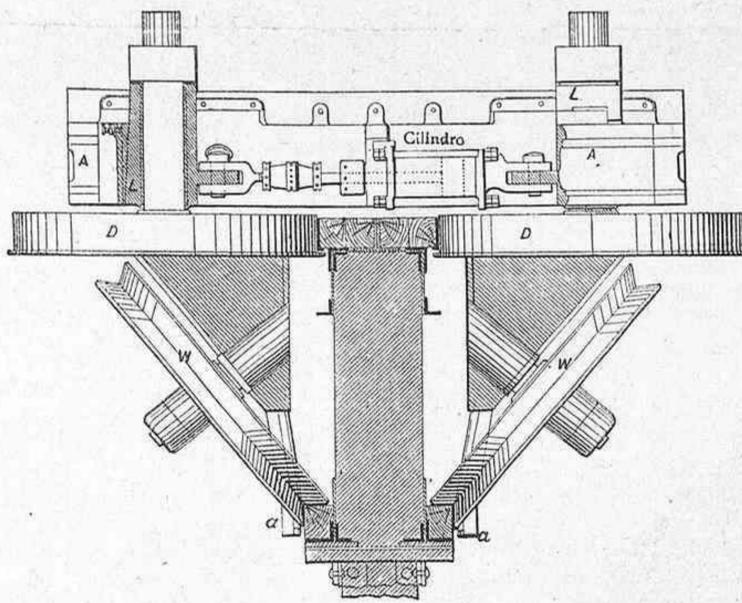


Fig. 3. - Parte superior del cuerpo y de las ruedas de la locomotora del ferrocarril aéreo de Meigs

por las ruedas inclinadas WW que encajan en los dos rieles DD que se ajustan á los rieles de la viga-guía, no son fijos, sino que se mueven entre las correderas AA fuertemente unidas al vagón. Empujadas

hacia dentro las correderas por medio de prensas hidráulicas, las ruedas guías y las ruedas motrices, movidas por la máquina, se aprietan de tal modo contra las vigas-guías, que á consecuencia del roce el vagón muévese hacia adelante.

La posición inclinada de las ruedas inferiores parece á primera vista atrevida é insegura; sin embargo, en las pruebas verificadas su seguridad y sus ventajas prácticas han quedado plenamente comprobadas, habiendo salvado fácilmente curvas hasta de 15 metros de radio en una pendiente de 1 por 32. Estas circunstancias se ofrecerán aún más favorables cuando en vez de máquina de vapor se utilicen los motores eléctricos, que á pesar de su fácil adaptación no se han empleado hasta ahora en el sistema, porque cuando éste fué inventado aquéllos no habían alcanzado el grado de perfección que hoy tienen.

Aunque se inutilicen algunas ruedas no es posible un vuelco, pues lo impiden los brazos a a, que se ven en la figura 3: lo único que puede ocurrir es que los vagones se inclinen algunos centímetros.

Las pruebas verificadas en un trecho de 340 metros han dado buenos resultados; pues si bien por ellas no puede apreciarse definitivamente la velocidad máxima, se ha visto que el ferrocarril con carga completa salvaba una curva de 15 metros de radio, con una velocidad de 25 kilómetros por hora.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL OLOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZUE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEPÉLICA
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES
 y conserva el cutis limpio y terso
 CALDAS et cie

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y cura CATARRO,
 BRONQUITIS,
 OPRESION
ASMA
 y toda afección
 Espasmódica
 de las vías respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
 J. FERRÉ y Cia, Pcos. 102, R. Richelieu, París.

MAREO PELAGINA
 RESULTA DOS COMPLETOS en el mayor número;
 ALIVIO SEGURO en los otros.
 IMPORTA SABER COMO EMPLEARLO. En Francia, frasco 6.3 y 1 fr. 50
E. FOURNIER Farm., 114, Rue de Provence, PARIS,
 y en las principales Poblaciones marítimas.
 MADRID: **Mejchor GARCIA**, y todas Farmacias.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D. CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - CASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS JORET-HOMOLLE
 CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS
FA. BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Pildoras y Jarabe de BLANCARD
 Solucion **BLANCARD**
 y **Comprimidos de Exalgina**
ANEMIA COLORES PALIDOS RAQUITISOS ESCRÓFULOS TUMORES BLANCOS. etc., etc.
JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS DOLORES D'UTERINOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.
 El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR
 Exijase la Firma y el Sello de Garantia. - Venta al por mayor: París, 40, r. Bonaparte.

QUINA ANTI-DIABÉTICA ROCHER
 FRASCO: 3'50. Expedición franco de dos frascos contra 8 fr. - Depósito **ROCHER, Farmacéutico, 112, Rue de Turenne, PARIS, y FARMACIAS.**
 Envío gratis y franco de un estudio interesante indicando causas y consecuencias de la DIABÉTIS.
 EN BARCELONA: SRES. VICENTE FERRER Y C.^a

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.
 (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY
 Y en todas las Farmacias.

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrófulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el unico que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el Vigor, la Coloración y la Energía vital.
 Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farm., 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rótulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

CYCLES IMPERATOR DUGOUR Y C.^a Constr.
 51, Faubourg, Saint-Denis, en París
 Velocipedos de precisión
 Excelentes neumáticos. Fr. 225
 Catálogo gratis. - Exportación.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rótulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY
 destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.**



FIESTAS CELEBRADAS EN FRIEDRICHSMÜHLE CON MOTIVO DEL OCTOGÉSIMO CUMPLEAÑOS DE BISMARCK. — Los estudiantes felicitando al ex canciller (de una fotografía)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

MARÍA, novela americana por *Jorge Isaacs* (Edición ilustrada de la *Biblioteca de Artes y Letras*, encuadrada con tapas alegóricas). — Es esta una de las novelas americanas que mayor y más justa fama han alcanzado: su autor, el distinguido escritor y poeta de Bogotá *Jorge Isaacs*, ha desarrollado en ella con magistral sencillez un argumento interesantísimo, tierno, delicado, abundante en hermosas descripciones de cuadros y escenas de la vida americana. Aumentan los atractivos de la obra abundantes y primorosas ilustraciones de *Riquer* y *Passos*. La sexta edición de *María*, que acaba de publicarse en un tomo lujosamente encuadrado, véndese en Barcelona al precio de tres pesetas en la librería de *Arturo Simón*, Rambla de Canaletas, 5.

LOS CATÓLICOS ALEMANES. — **EL DESPERTAR DE UN PUEBLO**, por *Alfonso Kannengieser*, traducción de *M. Hernández Villaescusa*. — Con decir que en estos dos libros se estudia la lucha entablada en Alemania por los del *Kulturkampf* y el triunfo del catolicismo en aquel país, cuna y principal asilo

del protestantismo, queda hecho su mejor elogio. Con abundancia de datos, con un criterio elevado, con una fe absoluta y ardiente en las doctrinas y en la Iglesia verdadera de Cristo estudia el autor, el presbítero parisiense *Kannengieser*, tan importantes materias, prodigando en sus obras las más nobles enseñanzas deducidas de la exacta observación de los hechos. Estos dos libros, que han merecido un laudatorio breve de Su Santidad *León XIII* y que con entusiasmo recomiendan los prebostes más insignes del mundo católico, han sido admirablemente traducidos por el reputado publicista *Sr. Hernández Villaescusa*. Encuadrados en tela se venden al precio de dos pesetas cada uno.

LA CIENCIA DEL SIGLO XX, por *Pedro Arnó de Villafranca*. — El autor de este folleto da cuenta de una obra suya en que se consignan la nueva doctrina científica por él encontrada después de detenido estudio y crítica severa, los descubrimientos que han sido su consecuencia y la resolución de los problemas de psico-física, exponiendo como muestra sus doctrinas sobre los movimientos del sol. Véndese á 50 céntimos en las principales librerías y en casa del autor (*Pacífico*, 12 C, bajo, Madrid).

PRO PATRIA. — El último número de esta importante revista contiene notables trabajos del conde de *Tejada Valdosa*, de *doña Sofía Casanova de Lutoslowski*, de los *Sres. García Concellón*, *Balaguer*, *E. Portal* (en francés), *Enseñat*, *Hardisson*, *Espon*, *Marco*, *Mitjana*, *Sanchez Pérez* y otros no menos conocidos. Suscríbese en Madrid, calle de *Claudio Coello*, 19, 2.º

LA FORASTERA, novela de costumbres por *J. Gallardo Lobato*. — Novela muy interesante y bien escrita, en la que sobresalen algunos cuadros descriptivos de costumbres andaluzas, que demuestran el espíritu de observación y el talento literario de su autor. Impresa en Jerez, en la imprenta de *El Guadalete*, se vende á dos pesetas.

EL ESCÁNDALO, por *M. González García*. — Novela naturalista la denomina su autor, y realmente lo es, así por su argumento como por la forma en que está desarrollado. El *Sr. González García* es autor de una serie de novelas portorriqueñas, de una de las cuales, *La primera cría*, premiada con medalla de oro en el certamen de la *Sociedad Económica de Puerto Rico*, nos ocupamos hace algún tiempo.

VELOUTINE FAY POLVO DE ARROZ EXTRA
preparado con bismuto
por **Ch. Fay**, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS

El mejor y mas célebre polvo de tocador

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho**, **Catarros**, **Mal de garganta**, **Bronquitis**, **Resfriados**, **Romadizos**, de los **Reumatismos**, **Dolores**, **Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEHAUT** DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el **Jarabe Laroze** se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las **gastritis**, **gastraljias**, **dolores** y **retortijones de estómago**, **estreñimientos rebeldes**, para facilitar la **digestion** y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al **Bromuro de Potasio**

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la **epilepsia**, **histeria**, **migraña**, **baile de S-Vito**, **insomnios**, **convulsiones** y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las **afecciones nerviosas**.

Fábrica, Especiones: **J.-P. LAROZE & C^{le}**, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas **Afecciones del Corazón**, **Hydropesias**, **Toses nerviosas**; Empleado con el mejor éxito **Bronquitis, Asma, etc.**

El mas eficaz de los **Ferruginos** contra la **Anemia**, **Clorosis**, **Empobrecimiento de la Sangre**, **Debilidad**, etc. **Grazeas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**
Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

Bergotina y Grazeas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grazeas hacen mas fácil el **labor del parto** y **detienen las perdidas**.
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de París
LABELONYE y C^a, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

CARNE y QUINA

El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este **fortificante por excelencia**. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la **Anemia** y el **Apocamiento**, en las **Calenturas** y **Convalecencias**, contra las **Diarreas** y las **Afecciones del Estómago** y los **intestinos**. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.

Par mayor en París, en casa de **J. FERRÉ**, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de **AROUD**.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**